

SERVICIO
SECRETO

SS

NAVIDADES ROJAS

Kelltom McIntire





SERVICIO SECRETO



KELLTOM McINTIRE

NAVIDADES ROJAS

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.557

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483. - La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

922. - No te fíes de Paul Halkin.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.551. - Sentencia mortal.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

988. - Pasaporte al Más Allá.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

170. - Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949. - Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867. - El largo camino hasta Albuquerque.

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 17.957 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio, 1980

© Kelltom McIntire - 1980
Texto

© Antonio Bernal - 1980
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Rose-Ann tenía una pequeña indisposición gástrica. Roland la había oído quejarse durante la noche, aunque estaba tan cansado y su sueño era tan pesado que, probablemente no había dedicado a su esposa toda la atención necesaria.

Eran las ocho y media de la mañana y Roland sorbía aprisa una taza de ardiente café negro. Annette, su pequeña hija de cuatro años, despertaría de un momento a otro. También Annette se había sentido indispuesta la noche anterior: Roland la había oído toser, con una tos seca y áspera. ¿Un simple catarro, amigdalitis, quizá...?

«Con los niños, nunca se sabe —pensó, mientras buscaba el primer cigarrillo del día en el bolsillo superior de su chaqueta—. Tan pronto parecen estar gravemente enfermos, como saltan de la cama, empiezan a jugar y... se olvidan de su malestar».

Encendió el cigarrillo negro con un barato mechero a gas y guardó paquete y encendedor. De la alcoba matrimonial llegó una llamada angustiosa:

—¡Roland...!

Corrió hacia el dormitorio, depositó el cigarrillo en un cenicero de pie que

Rose-Ann

le había regalado por su último cumpleaños, y se inclinó sobre su esposa, tendida en el lecho, con las sábanas apartadas en un gesto de rebeldía ante su propio estado físico.

La admiró una vez más. Amaba aquel cuerpo joven, perfecto y lleno de vida, amaba apasionada y tiernamente a aquella mujer morena, de facciones bronceadas y larga cabellera oscura, desparramada ahora sobre la blanca almohada.

—¿Sí, pequeña? —susurró. Y la besó en la mejilla.

—Roland... No sabes cuánto lo siento. Tendrás que despertar a Annette, bañarla, vestirla, darle el desayuno llevarla al colegio...

¡Oh, Dios mío, Roland, cuánto trabajo estoy echando sobre tus espaldas! Ya puedes imaginar cuánto siento estar indispuesta. Pero sigue doliéndome aquí —Rose-Ann presionó el abdomen con las puntas de sus dedos y su rostro se descompuso en un rictus de dolor.

Roland volvió a besarla con ternura.

—No te preocupes. Descansa y recupérate. Si sigue doliéndote el vientre, tendremos que avisar al médico —susurró. Y sonrió, tratando de quitarle importancia al asunto—: Podría ser apendicitis.

—¡Dios mío! —se desesperó

Rose-Ann

—. ¡Apendicitis! ¡Me tendrían que operar! Y yo... soy tan miedosa.

Su esposo le cubrió los labios con dos dedos.

—Calla. Era una simple broma. Posiblemente esta tarde estarás bien: ya ha ocurrido en otras ocasiones —dijo.

Tornó a besarla y abandonó la alcoba. Dio un último sorbo a su taza de café y penetró en el dormitorio de Annette.

La niña dormía plácidamente abrazada a una enorme muñeca de rostro achinado y cabellos oscuros. Por contraste, la rubia cabellera de Annette se desparramaba, abundante, sobre la almohada.

—Annie, pequeña mía, es hora de levantarse —susurró Roland al oído de la niña. Y le besó el lóbulo de la oreja.

La niña parpadeó, extendió sus bracitos y le abrazó prietamente, tras lo cual volvió a dormirse.

—Vamos, vamos, Annie —se esforzó su padre—. Es tarde, y tengo muchas cosas que hacer, aparte de ocuparme de ti. ¡Arriba!

Medio adormilada, la niña se dejó vestir. Luego Roland la llevó al baño, la lavó y peinó como mejor supo y preparó un tazón de leche tibia con cacao y galletas.

—¿Y mamaíta?

—Está indispuesta. No es nada, pequeña: una indisposición abdominal.

—¿Abdominal? —preguntó Annie con los ojos muy abiertos.

—Le duele el vientre, eso es todo. Vamos, termina, por favor. Tienes que ponerte tu abrigo. Vas a llegar tarde a la escuela —la sermonó él, mirándola tiernamente.

Tenía que llevar a Annie al colegio y presentarse en la comisaría para advertir al comisario Bardelot que necesitaba ausentarse una

hora.

No iba a explicarle a Bardelot que necesitaba ese tiempo para... visitar a su padre en la prisión central del Quai-Etienne. ¿Para qué...?

Annie se entretenía excesivamente con su desayuno y Roland se impacientó.

—¡Vamos, vamos! Apenas faltan ocho minutos para las nueve. ¡Tu abrigo! Y la bufanda. Tienes que cuidarte, querida: esa garganta tuya puede causarnos muchos problemas.

Terminó de abrigar a la niña y le arrolló la bufanda al cuello con cuidado. Tras lo cual, corrió a despedirse de su esposa y le recomendó:

—Llama a Caroline. Tu hermana estará encantada de escapar de casa y a ti te servirá de gran ayuda. ¿De acuerdo?

—La telefonearé... más tarde —respondió

Rose-Ann,
demacrada y muy pálida.

Volvió a besarla y corrió hacia el vestíbulo, donde le esperaba Annie contemplando la nieve, absorta, a través del ventanal.

Abrió la puerta, salieron ambos y cerró con llave. «Corso», un musculoso perro bóxer, abandonó su caseta del jardín, se desperezó espectacularmente y se acercó a ellos moviendo alegremente el muñón de su cola.

Annie le acarició el duro lomo y el perro les siguió hasta el garaje próximo. Las huellas de los tres quedaron marcadas sobre la nieve.

Poco después, Roland Bordas conducía su Renault-18 gris plata en dirección a la ciudad. Dejó a Annie en el colegio, le recomendó que no se desabrigase y continuó hacia la comisaría.

El sargento Meignad le anunció que el comisario Bardelot no había llegado todavía.

Roland consultó su reloj: eran las nueve y veinte. Trasladarse en automóvil al Quai-Etienne le llevaría casi una hora y a las diez comenzaban las comunicaciones en los locutorios de la prisión.

—No puedo esperarle. Por favor, sargento, diga al comisario que me he visto obligado a salir para resolver un asunto urgente —rogó.

—Tres bien, inspector Bordas. Daré su encargo al comisario —respondió Meignad. Y tomó nota del recado en un cuaderno lleno

de anotaciones de servicio.

La mañana invernal era crudísima. Aunque la nevada de la noche anterior no había sido cuantiosa, la nieve se había endurecido en las calzadas y aceras y soplaban un helado vientecillo del norte que enrojecía las mejillas y paralizaba la respiración.

Era agradable guarecerse en el interior del automóvil. Bordas puso la calefacción al máximo y arrancó. En quince minutos había ganado el acceso de la Autopista-L y rodaba a noventa kilómetros por hora en dirección al Quai-Etienne.

Al fin, cruzó la calle principal de la pequeña localidad y ya en las afueras, divisó entre la niebla la mole gris oscuro de la prisión.

Mientras estacionaba su coche en la explanada destinada a este fin, Roland Bordas se debatía entre encontrados sentimientos.

—¿Se avendrá a entrevistarse conmigo? —dudó.

Guy Bordas, de cincuenta y cinco años, llevaba quince en prisión. Aquel hombretón de casi dos metros de estatura y hombros descomunales, se había negado a comunicar con su hijo en la última ocasión en que éste le visitara.

¿Por qué razón? Sencillamente, Guy Bordas odiaba tener un hijo policía. Se lo había advertido tajantemente cuando —terminada su carrera de Derecho—. Roland le anunció su proyecto de ingresar en la Academia de Policía:

—No vuelvas a mirarme a la cara si sigues empeñado en convertirte en un polizonte. Fue un policía el que consiguió encerrarme por veinte años. ¿Crees que me sentiría orgulloso de tener a un polizonte en casa...?

—Pero papá...

—No vuelvas a llamarme padre si ingresas en la Academia de Policía —replicó despóticamente el duro marsellés.

De todas formas, Roland tenía esperanzas.

—Le traigo una buena noticia. No puede negarse a escucharme —se dijo.

Pero Guy Bordas era intransigente y terco hasta la exageración. Los cartones de cigarrillos que su hijo le había dejado en la prisión durante la última visita, habían sido devueltos a su domicilio sin una simple nota aclaratoria.

Bajó del coche y se frotó las frías manos. Encendió un cigarrillo y tosió secamente.

—Lo que faltaba —gruñó—.

Rose-Ann

enferma, la niña delicada y yo... con un constipado como una catedral.

Caminó aprisa en dirección a la gran puerta de la prisión, mostró su documento de identidad a los vigilantes y cruzó el callejón de seguridad. En el vestíbulo, un funcionario de prisiones le recibió y le entregó el formulario que debía rellenar para obtener la comunicación con su padre.

En el vestíbulo, dos docenas de mujeres se apiñaban junto a la puerta de acceso a los locutorios. Llenas de ansiedad, vestidas humildemente, aquellas esposas y madres que habían descuidado sus tareas domésticas para tomar un autobús, esperar una hora y ver a sus parientes presos durante quince o veinte minutos, habían entregado ya en consigna los paquetes y bolsas con pequeños regalos para los hombres que vivían su oscura existencia al otro lado de las recias rejas.

Roland entregó el impreso al funcionario, que registró su nombre en un libro y le entregó un boleto con el número 72. Volvió a toser mientras se dirigía a la cola y arrojó el cigarrillo a un cenicero de hierro situado en un rincón.

Las mujeres hablaban constantemente de sus mil pequeños problemas domésticos o familiares y se restregaban sin cesar las enrojecidas manos, lastimadas por los continuos y numerosos quehaceres del hogar.

Hacía frío en el inmenso vestíbulo de la vieja prisión, a pesar de los dos radiadores situados en extremos opuestos junto a los sucios muros, llenos de manchas de humedad.

La puerta se abrió y un funcionario fue citando veinte números consecutivos hasta llegar al sesenta. Otras tantas mujeres penetraron aprisa en el locutorio y la puerta volvió a cerrarse.

Roland paseó, impaciente, a lo largo del frío vestíbulo. Entretanto, nuevos visitantes —mujeres en su mayoría—, fueron llegando e inscribiéndose en el registro.

Un cuarto de hora más tarde, salió un tropel de mujeres del locutorio, parlotando sin cesar, pero con sus semblantes más relajados y alegres que a la entrada.

El mismo funcionario anterior cito otros veinte números, entre

los que se contaba el de Roland Bordas. Entró, empujado por las ansiosas visitantes, atravesó un ancho pasillo de unos ocho metros de longitud y desembocó en la sección de locutorios.

Una fuerte reja reforzada con resistente tela metálica de acero separaba la zona de los visitantes de la ocupada por los presos.

Roland consultó su boleto y leyó:

«Locutorio 16»

Caminó hacia adelante, consultando los números esmaltados que ordenaban los locutorios y encontró el número 16.

Al otro lado no había nadie.

Esperó, sin embargo. Encendió un cigarrillo, tosió, se alisó los negros cábenos, repasó al tacto el urgente afeitado matinal.

Transcurrieron cinco minutos. Al otro lado de la reja no se acercó nadie.

—Terco como una mula —rezongó en voz baja. Y se refería a su padre.

Lo extraordinario era que amaba a aquel hombre por encima de todo. Aunque Roland tenía la seguridad de que su padre se había ocupado muy poco de su padre y de él mismo, a pesar de que era un delincuente incorregible que les había llenado de oprobio.

Una mano se posó de repente sobre su hombro. Roland, giró, sorprendido, y vio al funcionario.

—Lo siento. Guy Bordas se niega a entrevistarse con usted —anunció el hombre de uniforme.

CAPÍTULO II

Volvió a toser. Era la suya una tos nerviosa y seca, generada por la irritación.

—Por favor, insistan —rogó al funcionario—. Traten de convencerle. Traigo a mi padre una noticia de gran interés para él. Y quiero dársela yo, personalmente. Por favor...

El funcionario se encogió de hombros.

—Lo haré, pero no puedo asegurarle nada —respondió—. El reglamento penitenciario sólo obliga a los presos cuando deben recibir las visitas de los jueces. Su padre es libre de rehusar la comunicación con usted.

—A pesar de todo. Por favor —insistió Roland.

El funcionario asintió con un gesto y se alejó.

Roland apagó el cigarrillo, cada vez más nervioso... para volver a encender otro, segundos después.

Finalmente, al otro lado de la reja se abrió una puerta y Roland distinguió la elevada figura de su padre, que se acercaba con expresión adusta y lejana.

El viejo delincuente conservaba una presencia física impresionante, a pesar de los quince años de prisión: alto, enhiesto, recio y corpulento, sus sienes se habían tornado plateadas, pero el gesto de rebeldía seguía marcado en su rostro duro y anguloso.

Bastaba echar una ojeada a los dos hombres —preso el mayor, libre el más joven—, para advertir el fuerte parecido de sus facciones. Ambos poseían una cabellera espesa y dura, oscura; una frente despejada, abombada, cejas prominentes, nariz fina, labios gruesos y toscos, mentón enérgico y ojos oscuros.

Guy Bordas permaneció en pie, frío y distante. Al saludo de su hijo, respondió ásperamente:

—No he venido aquí por mi voluntad. Me han presionado para que accediera a venir al locutorio. Debes saber que el jefe del taller

de tapizados me amenazó con prohibirme el trabajo si no me prestaba a esta entrevista.

—Papá, yo...

—Ya no soy tu padre —pronunció Guy Gordas, rígida la expresión—. Dejaste de ser mi hijo en cuanto te convertiste en un pasma^[1].

Roland no se amilanó. Imaginaba que la entrevista con su padre no iba ser fácil.

—Padre, he conseguido que tu expediente de libertad sea aceptado. Ha pasado a manos del tribunal, para revisión. Es muy posible que antes de un mes estés en la calle —pronunció de corrido.

—Yo no te pedí que intercedieras por mí —masculló Guy con el mismo tono áspero e impersonal. Pero sus duras facciones se habían dulcificado un tanto.

Roland se frotó el mentón, muy nervioso. Sus párpados, abultados por la falta de sueño, daban a sus ojos una expresión triste y amarga.

—Lo sé. No quieres nada que venga de mí. Ni dinero, ni libros, ni cigarrillos, ni afecto. Ni siquiera la libertad.

Se interrumpió para toser, sacó un pañuelo, se enjugó los labios y lo guardó con un gesto rabioso. Luego escrutó las duras facciones de su padre, que seguía en pie, incommovible.

—Tú no quieres ser mi padre, pero yo sí quiere ser tu hijo. Y no puedes impedírmelo, aunque rodees tu corazón de una faja de acero —añadió, buscando la mirada de Guy—. ¿Quieres sentarte, por favor? Quedan pocos minutos de comunicación.

Guy permaneció tercamente en pie. Sonrió desdeñosamente cuando dijo:

—No temas, te regalarán otro turno de comunicación. Los «polis» tenéis mano en todas partes.

Roland se indignó.

—Eres injusto conmigo, padre. Jamás me he valido de mi carnet de policía para conseguir nada —comenzaba a encrespase y le asaltó un nuevo y más violento acceso de tos. Pero se contuvo y añadió—: Aunque tú no lo entiendas, soy un hombre justo y honrado que cumple con su trabajo con absoluta imparcialidad...

—¿Trabajo? ¡Llamas trabajo a perseguir a pobres

ladronzuelos...! ¿Qué clase de satisfacción puedes sentir al saber que a un jovencito de dieciocho años le «cuelgan» veinte años de presidio? —se burló el preso.

La inquietud de Roland aumentó. A pesar de ello, calló las palabras que pugnaban por escapar de sus labios, calló un momento y prosiguió:

—No todos los jóvenes son tan inocentes, padre. Anoche detuvimos a uno que acababa de aplastar la cabeza de una niña con una piedra. Sólo por robarle una pequeña sortija. La ley...

Guy estrechó sus párpados hasta que sus ojos se convirtieron en dos rendijas destellantes.

—Tu ley y tu justicia impulsaron ayer a un muchacho de veinte años, Gastón Lombain, a ahorcarse en su celda. Cumplía condena de ocho años por robo —explicó con voz contenida—. Su madre fue atropellada por un automóvil que le rompió ambas piernas y le produjo una grave conmoción cerebral. Tras una semana en coma, la señora Lombain recuperó el conocimiento y pidió que le trajeran a su hijo, interno en esta prisión. La pobre mujer no tenía salvación. Bien... La petición llegó aquí, pero el director se negó a conceder la autorización para que ese chico fuera a visitar a su madre al hospital. Ayer, un pariente trajo a Gastón la triste noticia: su madre acababa de morir. Gastón se encerró en su celda a la hora de comer, fabricó una cuerda con tiras de una manta y... se ahorcó.

Roland, que había escuchado a su padre con suma atención, asintió gravemente con la cabeza. Se sentía muy impresionado por el sucinto relato.

—Sí. La vida nos ofrece momentos amargos, durísimos, pero siempre hay esperanza si superamos la amargura y olvidamos el rencor —dijo. Carraspeó y añadió—: En cuanto a tu libertad...

Por primera vez las miradas de los dos hombres, padre e hijo, se encontraron.

—Mira, Roland, no voy a decir que no desee la libertad por encima de cualquier otra cosa. La vida aquí es triste y dura, está llena de soledades y nostalgia —su gesto se endureció de repente—. Sí, quiero salir. Y si pretendes que te dé las gracias, lo haré. Pero ten en cuenta esto: tú y yo estamos situados en dos bandos, opuestos, enfrentados. Eres un policía, estás de lado de la gente honesta, personas de orden que jamás romperán un plato... aunque

también estés de lado de los cerdos capitalistas que lloriquean ante la televisión, tratando de demostrar que son irnos pobrecitos cuando... esa misma noche pierden desdeñosamente dos o tres millones de francos a la ruleta o al póquer. Ahí estás tú, Roland. Yo estoy en el extremo opuesto, en el sector de los delincuentes, de los criminales, de los marginados, de los desheredados —hizo una pausa, plena de tensión y añadió—: Créeme, es inútil que intentes convertirte en el hijo abnegado, capaz de sacrificarse y humillarse por un padre que no merece la pena. ¿Para qué engañarnos?

Roland se frotó los párpados. Sus ojos estaban congestionándose como consecuencia del fuerte resfriado.

—Papá, estás equivocado. No hay dos campos o dos bandos. No hay más que el conjunto de los seres humanos. Unos se marginan, caen en el error... No voy a negar que todos somos egoístas, ciegos y sordos cuando se trata de atender a nuestro prójimo en desgracia. En definitiva, la gente no es tan mala. Tú y yo...

Su padre le atajó con un autoritario ademán.

—Yo te quería, Roland. Había puesto todo mi amor en ti. Y no sólo amor, también esperanza. Pero te hiciste policía, contra mi voluntad. No te detuviste ahí: te casaste con la hija del comisario Briard, el hombre que me trajo aquí. ¡Cállate! ¿Ibas a decir que Briard fue un hombre maravilloso, que cumplía con su deber, que incluso se ocupó de ayudarnos a ti y a tu madre, que te pagó los estudios, que te facilitó el ingreso en la Academia de Policía? Conozco esas historias, Roland. Me hiciste mucho daño entonces. Pero ya no. Sé cuál es mi camino cuando consiga salir de este infierno —pronunció, fríamente expresivo.

—Ya. Piensas volver a delinquir —dijo Roland, con amargura decepcionada.

El presidiario rió sin ganas.

—¿Tratas de sonsacarme para colocarme unas esposas en cuanto me «deslice»? —exclamó, hiriente—. Conozco muy bien a los policías: sabéis fingir una sonrisa, una actitud amistosa y protectora... pero a las primeras de cambio sacáis una placa y nos lleváis a la comisaría más próxima con una acusación cualquiera.

—¡Papá! —Roland se había incorporado de un salto, indignado—. ¿Piensas que sería capaz de hacer algo semejante?

Guy dejó escapar un suspiro profundo. Alzó una mano y se la

pasó por la frente, un tanto fatigado.

—No sé. Quizá tú no seas uno de éstos... En cualquier caso, tú representas a lo que yo más odio, a lo que detesto de forma visceral. Has preguntado si pienso delinquir... —exclamó, reflexivo—. Pues bien, no puedo responder a esa pregunta. Todo depende de la suerte, aunque a mi edad lo más probable es que no encuentre trabajo. Entonces...

—Estoy pensando en ello. Tú eras un perito en Electrónica... Puedo ir ocupándome de buscarte un empleo, mientras se resuelve tu libertad. No será tan difícil, ya verás. Están los Talleres Montaigne, por ejemplo. Georges Montaigne me guarda agradecimiento por un pequeño favor que le hice.

—¿Qué clase de favor? —preguntó el presidiario, irónico.

—Nada de importancia. Yo estaba de vacaciones entonces... Georgie, el hijo de Montaigne, de ocho años de edad, fue secuestrado. Georges Montaigne vino a verme a casa y me pidió, con la lógica consternación, que hiciera algo para encontrar a su hijito antes de que... Bueno, ya sabes cómo suelen resolverse en ocasiones estos casos: de la forma más dramática. No le prometí nada, pero encontré el escondrijo de los dos tipos que habían raptado al pequeño Montaigne, les sorprendí y, por esta vez, el asunto se resolvió sin necesidad de violencia. Georges Montaigne me está agradecido por ello. Y su negocio está relacionado con la Electrónica. Construye aparatos de seguridad y todo eso. Bastaría con que yo le hiciera una indicación para que el asunto de tu empleo estuviera resuelto.

Guy tardó en contestar.

—Ya... Pero el caso es que yo no pienso aceptar tu ofrecimiento de recomendación. Quiero conseguir las cosas por mí mismo, ¿entiendes? —pronunció despectivo.

—Sí, entiendo. Pero ya veremos... Ahora tengo que irme. Volveré a verte la semana próxima —acababa de sonar el timbre que anunciaba el fin de la comunicación—. Dime, ¿necesitas alguna cosa? ¿Ropas, calzado, dinero...?

—Nada —respondió su padre con glacial descortesía.

CAPÍTULO III

Amainaba el viento, comenzaba a nevar de nuevo. Mientras Roland se levantaba el cuello de su chaquetón de piel, los copos de nieve se arremolinaron a su alrededor.

Fue a encender un cigarrillo y el encendedor cayó al suelo. Un hombrecillo de facciones simpáticas y aspecto tímido, que vestía un arrugado traje de confección y unos zapatos demasiado grandes, se inclinó rápidamente, recogió el mechero y se lo devolvió.

—Gracias —respondió Roland. Miró al hombre con más interés, reparó en sus humildes ropas con aroma a naftalina y comprendió que se trataba de un excarcelado.

Sintió compasión. El hombrecillo temblaba. Era normal que tuviera frío... ¡con aquel ridículo traje de verano!

—¿Va a la ciudad? —preguntó Roland, cordial. Y ofreció al recién liberado su paquete de «Boyards».

El otro esbozó un ademán vago.

—No sé... Bueno, sí. Me han dicho que un autobús pasa por aquí cada dos horas —comentó, dando rápidas chupadas al cigarrillo que Bordas acababa de encenderle.

—El autobús acaba de marcharse —le informó el policía, tras un rápido vistazo a su reloj de pulsera—. Tengo mi coche ahí... ¿Quiere que le lleve?

—Bueno, no sé si debo...

—Desde luego que sí. Se congelará si tiene que esperar dos horas bajo la nevada —la nieve comenzaba a depositarse sobre la incipiente calva del delgado individuo.

El hombre vaciló.

—Tal vez venga un amigo a recogerme con su coche. Si seguro que vendrá. Tiene un Cadillac impresionante, no vaya a creerse. Aguardaré.

—Como quiera, pero es una tontería. Discúlpeme —Roland

estornudó violentamente. Sacó el pañuelo y aguantó un nuevo estornudo.

—Vaya resfriado —comentó el expresidiario.

—Sí —Roland guardó el pañuelo. Y observó nuevamente con gran interés al hombrecillo de facciones macilentas y tristes, cejas pobladas y mejillas chupadas—. ¿De veras no quiere que le lleve a la ciudad? Nos detendremos por el camino y tomaremos un café bien caliente y un coñac, para entrar en reacción. ¡Esa prisión parece un témpano...!

El hombrecito tiritó.

—Sí, es muy desagradable. Yo puedo... —se interrumpió de repente, al comprender que iba a hablar demasiado.

Roland aguardó. Sentía una piedad inmensa hacia aquel pobre hombre, pálido y escuálido... aunque acabase de conocerlo.

Aguardó. Roland fumaba y tosía y el hombrecillo temblaba como una hoja agitada por el vendaval. Así, transcurrieron unos diez minutos, tras lo cual Roland volvió a mirar su reloj.

—Su amigo no aparece —exclamó, mirando de reojo a su circunstancial acompañante—. ¿Qué, viene?

Echó a andar hacia el aparcamiento y el hombrecillo le alcanzó en una corta carrerita.

Sin hacer ningún comentario, Roland abrió la portezuela de la derecha y le invitó a acomodarse en el interior del coche.

Poco después partían. El hombrecillo frotaba las delgadas y yertas manos con energía.

—Mmm... Se está bien aquí dentro —murmuró, satisfecho.

Roland alcanzó la carretera y condujo a velocidad moderada bajo la nevada. Tuvo que dar mayor velocidad a los limpiaparabrisas, pues la nieve comenzaba a depositarse, abundante, sobre la limeta anterior.

—Bordas, ¿no es cierto? —dijo de pronto el hombrecillo.

Roland le miró un momento, sorprendido.

—¿Me conoce?

—Sí. Le he visto otras veces en el locutorio, comunicando con el «viejo» Guy. Perdón, he querido decir su padre.

—Ya.

—Hicimos amistad, ¿sabe? Buena persona su padre. Siempre está hablando de usted... ¡Ejem! Yo me llamo Eugene Vigot, aunque

todos me llaman Money —explicó el hombrecillo.

—¿Money? —exclamó Roland, asombrado.

—Ya sabe que money en inglés significa dinero. Mi apodo se debe a que yo... ¡ejem! me ganaba la vida fabricando planchas para ¡ejem! imprimir moneda falsa. Por eso fui a la cárcel. Pero no vaya a creer, soy un patriota: jamás he dirigido mi trabajo a falsificar moneda francesa. Libras, dólares, pesetas y liras, ya sabe.

—No tema, Eugene. Usted ha cumplido su condena, nada tiene que temer de mí. Le ayudaré, si lo necesita.

—Bien... Yo sé lo agradezco, pero tengo un empleo. Como... fotograbador. Me lo ha gestionado el amigo que tenía que venir a recogerme. ¿Qué le habrá ocurrido? El tiempo, ¿este condenado tiempo! No me extrañaría que hubiera sufrido un accidente.

Pero Bordas no prestaba demasiada atención al espontáneo parloteo de Eugene Money Vigot.

—Dijo usted que mi padre siempre está hablando de mí —dijo, pensativo, atento a las dificultades de la carretera—. ¿Qué era lo que solían hablar?

—Ah, pues de todo. Él estaba orgulloso de usted, de sus éxitos universitarios, de su parecido físico, de todo. Cuando murió su madre, señor Bordas, Guy cayó en una terrible depresión. La amaba sinceramente, ¿sabe? Él se acusaba a menudo de haber sido un mal esposo y un padre descuidado, pero me confesó que había dado el «golpe» de la

Farcy-Forest & Cia,

con el único fin de asegurar el porvenir de ustedes: su madre y usted mismo *monsieur l'inspecteur*. Y yo le creí: Guy es un hombre desprendido, generoso. Nada de lo que tiene es suyo. Ha ayudado a mucha gente en la cárcel, ha regalado el escaso dinero que gana en el taller de tapizados y algunas cantidades extras que obtenía reparando televisores o tocadiscos de los funcionarios —explicó Money con voz cálida.

Roland tosió furiosamente. No le picaba la garganta: la tos era una disculpa para disimular su emoción.

—Sin embargo, hoy se negó en principio a entrevistarse conmigo —declaró sin ambages.

El hombrecillo vaciló. ¿Debía hablar claramente con un policía, aunque fuese el hijo de su amigo Guy Bordas...?

—Discúlpeme, *monsieur*, pero su padre se sintió hondamente ofendido cuando usted... Bueno, decidió convertirse en un policía. Una tarde me dijo: «Money, mi hijo me ha traicionado. Está decidido a convertirse en un polizonte».

—Pero...

—Permítame. Probablemente usted no entiende muy bien la psicología de los hombres que pasamos la mitad de nuestra vida en la cárcel. Para nosotros, le ruego sepa entenderlo, un policía es un enemigo natural. Guy sintió una gran decepción cuando supo que usted iba a convertirse en uno de «ellos». Su padre es un hombre rudo y violento, pero capaz de experimentar profundos sentimientos, ya sea de odio o de amor. A pesar de que se sintió frustrado cuando usted se hizo policía, en el fondo sigue queriéndolo. Y también le admira, aunque su especial idiosincrasia le impida manifestarse con sinceridad.

—¡Eso es increíble! —estalló Roland, nervioso—. Últimamente siempre me trata como a un apestado. Se muestra distante y despectivo; yo diría que me odia.

—Es su fachada. En su interior, él siente un afecto increíble por usted. Hace pocos días me dijo: «Es todo lo que tengo, Money. ¿Cómo podría odiarle?» —declaró el expresidiario.

Roland dejó de toser.

—¿Eso dijo? —preguntó, anhelante.

Eugene hinchó el escuálido pecho. El calorcillo del interior del coche le obligaba a sentirse eufórico y alegre.

—Mire, *monsieur* Bordas: Guy se había propuesto desterrarle de su corazón y de su cerebro, pero no lo consiguió. Yo lo advertí enseguida: a las primeras de cambio e inconscientemente le mencionaba a usted. Estaba dolido y ofendido, sí, pero no conseguía olvidarle. ¿Quiere aceptar un consejo de un viejo y experimentado delincuente?

—Desde luego, Eugene. Adelante —asintió el policía.

—No se desanime ante la violenta repulsa de su padre. Él tiene un concepto de lo que debe ser su conducta y tardará en cambiar. Él es así porque cree que debe ser así. Ha pasado media vida en la prisión y está muy marcado, pero usted parece un hombre muy capaz de influir positivamente en él. Tenga paciencia. Guy es un hombre de una pieza, a pesar de su vida aventurera y de sus

pasados errores. Es lo que podría decirse «un diamante en bruto». Pero usted puede tallarlo y pulirlo —expresó con admirable sensibilidad el hombrecillo.

Roland no le interrumpió. Necesitaba saber muchas cosas más de su padre. Y Money había perdido la timidez anterior y hablaba espontáneamente.

—¿Quiere saber una cosa? En la prisión, todos respetan al «viejo» Bordas. Viene a ser como la máxima autoridad entre los presos. Y no se ha ganado el respeto a base de dureza y violencia, aunque es un hombre de agallas, capaz de retorcer el cuello a cualquier maquereau descarado.

—¿Cómo, entonces?

—A base de entereza y humanidad. En los motines, Guy estuvo siempre a favor de los presos, sus camaradas. Pero su personalidad era suficiente para evitar incidentes sangrientos, por lo que tanto presos como funcionarios confían plenamente en él. No permite que los viejos «buharrones» abusen de los jovencitos ni ninguna otra clase de injusticia. Para que pueda calibrar la hombría de Guy Bordas, le diré que hace seis años recibió una puñalada en el vientre que estuvo a punto de matarle. ¿Sabe por qué? Sorprendió en una celda a seis individuos que trataban de violar a un muchacho de veinte años. Guy se enfrentó a ellos, fracturó la mandíbula de un puñetazo a uno, rompió el brazo a otro y los dejó a todos malparados. Pero uno de ellos reaccionó y le clavó en el abdomen un hierro afilado.

Guy Bordas había pasado quince días entre la vida y la muerte, afectado por una peritonitis aguda. Finalmente, su poderoso vigor físico pudo más y un par de meses después volvía a la prisión desde el hospital penitenciario.

—El muchachito al que había salvado de la violación le tomó el número cambiado —siguió Money Vigot—. Erróneamente, entendió que Guy había peleado con los «buharras» para ganarse el derecho a «protegerle». Y se ofreció a él, descaradamente. Guy le dio dos bofetones y le ordenó que no volviera a ponerse al alcance de su vista. Es un hombre de una pieza —terminó el hombrecillo, con sincera admiración.

Tras una amplia curva aparecieron los primeros edificios de la barriada Crillard-Bodin. Roland redujo la marcha y se apartó a la

derecha. Bajaron y entraron en un bar-restaurant próximo.

Formaban una pareja pintorescamente dispar: Bordas, alto y corpulento. Vigot, pequeño y enclenque. Pero ambos se sentían satisfechos de la mutua compañía.

Roland pidió café y coñac para los dos y dejó su paquete de «Boyards» sobre la barra.

—¿Sabe? —murmuró Vigot entre sorbo de ardiente café y fuerte coñac—. Ustedes dos, los Bordas, me caen bien, muy bien —encendió un cigarrillo y añadió—: ¡Lástima que las cosas de esta vida sean tan difíciles!

CAPÍTULO IV

La gran nevada seguía abatiéndose sobre la metrópolis de forma implacable. Las calles estaban llenas de máquinas quitanieves y algunas arterias estaban cerradas al tránsito de vehículos, lo que venía a dificultar aún más al tránsito de automóviles.

Había poca gente en las calles y la mayoría de los peatones caminaban despacio, con mil precauciones para no resbalar sobre la nieve endurecida.

Roland tenía que alcanzar la Rué Batres, donde estaba situada la comisaría de su distrito, pero tras desviarse por la calle Grenard tuvo que frenar bruscamente para evitar chocar contra una furgoneta de reparto que acababa de volcar y bloqueaba el paso. Dos acalorados conductores vociferaban en medio de la calle. Roland no podía escuchar lo que decían, pero observó que de sus bocas surgían chorros de vapor que el sol teñía de oro a contraluz.

Había cesado la nevada. Pero sólo fue un momento: enseguida las plumizas nubes volvieron a cerrarse en tonos oscuros y tomaron a cernirse los blancos copos. Los dos hombres que discutían acaloradamente debieron ponerse de acuerdo, porque un momento después se abrazaban amigablemente y penetraban en una próxima taberna.

—Probablemente, arreglarán la cuestión a base de pernodes —sonrió Roland. Y metió la marcha atrás, hizo retroceder el coche con cuidado y siguió adelante por la Rué Grenard hasta alcanzar el Passage Marín.

Era dirección prohibida, pero Roland detuvo el coche, advirtió que la calle estaba desierta, entró, aceleró a fondo y en un minuto alcanzó la rue Bartres y frenó delante de la comisaría.

Era una arteria de incesante tránsito; los millares de vehículos que circulaban por la calzada derretían la nieve antes de que el frío intenso la helara y se aglomerara junto a las aceras. De todas

formas, la nieve semi derretida suponía un peligro mayor aún para el tránsito rodado. Un camión que pasó en ese momento patinó espectacularmente y fue a estrellarse sin gran alboroto contra los cristales de la charcutería del chaflán correspondiente a rue LeGal.

El conductor del camión logró escapar de la cabina, dio una ridícula carrerita alrededor del vehículo, se llevó las manos a la cabeza y comenzó a despotricar contra las condiciones climatológicas y —aburrido tópico—, contra las autoridades municipales. Tras lo cual, apareció el dueño de la charcutería convertido en un energúmeno y ambos se pusieron a vociferar y a gesticular de forma tan grotesca que Roland tuvo que sonreír.

Pero todo esto no importaba nada al policía, que tenía prisa por incorporarse a su destino... después de explicar convenientemente su ausencia al comisario Bardelot.

Un Cadillac color azul metal salpicó de nieve las perneras de su pantalón. Instantáneamente, aunque logró contener su ira, Roland retuvo la matrícula del automóvil que se alejaba a toda marcha. DAX-0019. No es que tuviera ninguna animosidad particular contra el conductor de aquella noche: se trataba simplemente de una deformación profesional, que le llevaba siempre a memorizar un dato detrás de otro.

Un autobús pasó rugiendo a velocidad suicida. Roland aguardó un momento, hasta que la calzada estuvo despejada y luego cruzó la calle con paso rápido.

Un caballero de estatura mediana, obeso y corpulento que vestía gabardina blanca y sombrero negro se cruzó en su camino hacia la comisaría.

—¿Inspector Bordas? Soy Fernand Pellegrin, de la Central d'Assurances. ¿Puede concederme unos minutos? —Le abordó el desconocido.

Mostraba una cartulina plastificada en la que constaban sus datos personales como inspector técnico de la compañía aseguradora.

—Lo siento, llevo prisa. Venga a verme en otra ocasión —respondió Roland, impaciente.

Pero Pellegrin no era hombre que desmayara al primer obstáculo. Sin violencia, pero con energía, retuvo al inspector Bordas por un brazo.

—También yo tengo prisa, inspector. Se trata de... veinte millones de francos, ¿comprende? —explicó el técnico de seguros.

Roland enarcó una ceja, sorprendido.

—¿Veinte millones de francos? ¿Qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó, ya irritado.

—No con usted exactamente, sino con su padre, Guy Bordas. Fue él quien robó esa cantidad, hace ahora quince años, en la factoría de

Farcy-Forest & Cié,

domiciliada en Crencey, a doce kilómetros de la ciudad —habló Pellegrin con rapidez pasmosa—. ¿Dónde podemos hablar, inspector?

—No lo sé. No puedo dedicarle ningún tiempo ahora, señor... Pellegrin —respondió Roland, desorientado.

—Pellegrin —rectificó el agente de seguros sin perder sílaba—. ¿Cuándo y dónde podemos entrevistarnos? —hablaba con un ritmo acuciante, presionaba descaradamente a Bordas porque comprendía que éste se sentía en aquel momento incapaz de resolver la cuestión.

—No me atosigue —respondió el policía—. ¿Por qué viene a verme ahora, qué diablos tengo yo que ver con todo eso...?

Pellegrin sacó un bloc de su maletín, garrapateó aprisa algo sobre una hoja, la arrancó expeditivamente y se la tendió a Roland.

—Responderé a todas esas preguntas si se reúne en esa dirección y a la hora que acabo de anotar —dijo, sin pender tiempo.

Algunos copos cayeron sobre el papel y lo humedecieron lastimosamente. Roland tuvo que sostenerlo con ambas manos para leer las palabras escritas con una preciosa letra redondilla: Brasserie Tijola, Place Edouard VII, dos y media de hoy.

—¡Espere! —gritó. Pero el gordo Pellegrin se había esfumado. Malhumorado, Bordas hizo una bola con el papel y se lo guardó en el fondo del bolsillo de su chaquetón.

La entrevista con el comisario Bardelot no fue excesivamente penosa. Roland se limitó a decir la verdad: acababa de visitar a su padre en la prisión del Quai-Etienne. (Como Bardelot le había ayudado decisivamente en la gestión de obtener la libertad condicional para Guy Bordas no había que explicar mucho más).

Trabajó sin descanso hasta las dos del mediodía. Tareas

meramente burocráticas: despachar informes, pasar a limpio el resultado de determinadas investigaciones del Tribunal, consultar diez fichas de delincuentes habituales sospechosos en otros tantos delitos...

Abandonó la comisaría a las dos y diez. Había hecho una llamada telefónica a su casa para interesarse por su esposa y por Annie.

Buenas noticias:

Rose-Ann

se había levantado de la cama y parecía un tanto recuperada. Carolina había llegado a las once y se ocupaba eficazmente de las faenas domésticas; también había recogido a Annie en el colegio a mediodía y aún le había sobrado tiempo para preparar un excelente almuerzo a base de pastel de liebre y ensalada Marchand.

—Probablemente tendréis que comer sin mí —avisó Roland—. Un imprevisto: trataré de llegar a hora temprana, esta tarde. ¿Y mi pequeña Annie?

—Tose de cuando en cuando, pero no tiene fiebre. ¿Y tú?

—Maravillosamente —mintió Roland, que se sentía calenturiento y dolorido bajo los efectos del gripazo—. No te preocupes, querida. Celebro que te hayas recuperado. Saluda a Caroline de mi parte. Hasta luego.

—Cuídate, Roland. Hace un día malísimo y tú te resfrías fácilmente. Abrígate bien.

—Te lo prometo,

Rose-Ann.

Buen provecho.

Ahora, en la calle, bajo la nevada que caía implacable, Bordas se detuvo para buscar en el bolsillo la nota que había escrito Pellegrin. No necesitaba leerla para recordar palabra por palabra la dirección: Brasserie Tijola, Place Edouard VII, dos y media de hoy.

La Brasserie Tijola estaba cerca: poco más de un kilómetro de distancia. Pero Roland atravesó la calle y se metió en su coche. En pocos minutos hubiera hecho a pie el trayecto, pero la temperatura era muy baja y valía la pena mantener caliente el motor del Renault-17.

Tres minutos más tarde frenaba suavemente cerca del establecimiento. Cuando entraba, un empleado estaba regando la

entrada con puñados de serrín para enjugar el charquito de aguanieve que se estaba formando en el piso. Dentro, la temperatura era muy agradable. Olía a mariscos, a cerveza y a martinis.

Buscó a Pellegrin con la mirada y le encontró en una mesita del fondo. Aquel pariente de Pantagrúel sabía cuidarse bien: había dado cuenta ya de una bandeja de gambas a la plancha y atacaba en aquel momento una pequeña fuente de chipirones. Cuando Bordas se acercó, el inspector de seguros despachaba una monumental jarra de cerveza de a litro.

Se limpió los labios con una servilleta y se puso en pie amablemente cuando Roland se aproximó y saludó.

—¡Ah, señor Bordas! Siéntese, siéntese, por favor. Bien... Vaya eligiendo su almuerzo —Pellegrin le tendía la carta de la casa—. Sea generoso con su propio estómago: nada mejor que una comida copiosa para soportar los rigores de un día como el de hoy.

Roland se desabrochó algunos botones del chaquetón de cuero y encendió un cigarrillo.

—Gracias, pero sólo tomaré un consomé —hizo el encargo al camarero que estaba aguardando y cuando estuvieron solos, escrutó las facciones del orondo Fernand Pellegrin—. ¿Y bien...?

—Supongo que estará al tanto del asunto... Van a cumplirse quince años dentro de unos días: el ocho de diciembre, aprovechando un día festivo, su padre y otros dos individuos asaltaron las oficinas de la factoría que

Farcy-Forest & Cié,

tienen en Crencey. Se llevaron una cantidad enorme para aquellos tiempos y todavía muy respetable en los nuestros: doscientos millones de francos viejos. Es decir, irnos veinte millones de los actuales.

Pellegrin calló discretamente cuando el camarero se acercó con una bandeja. El empleado depositó en la mesa un enorme plato de langostinos con mayonesa y la taza con el caldo de mariscos que había solicitado el inspector Roland Bordas.

Con evidente entusiasmo, Pellegrin atacó sus langostinos y Roland probó un sorbo de su taza de caldo.

—Aún no alcanzo a entender lo que se propone, señor Pellegrin —dijo Roland, confuso.

—Calma, calma, mi querido amigo. Lo entenderá enseguida si le digo que... aunque el vigilante nocturno sorprendió a los ladrones, el dinero jamás fue recuperado. El botín, como creo haber mencionado antes —el grueso Pellegrin se enjugó pulcramente sus labios, manchados de mayonesa—, era de veinte millones de francos actuales y... jamás fue recuperado.

Roland asintió, muy sorprendido. Recordaba muy vagamente los pormenores relacionados con el delito que llevó a su padre a la cárcel por veinte años. Por aquellas fechas, Roland apenas tenía once años. Ahora, a sus veintiséis, le resultaba amargo resucitar aquella vieja historia.

Entre bocado y bocado, el inspector de seguros continuó hablando.

—Farcy-Forest & Cié, tenían suscrita una póliza de seguros con mi compañía, la Central de Assurances, que tuvo que pagar religiosamente los veinte millones robados. Pero mi empresa jamás da una cantidad por perdida. Hemos permanecido atentos. Ahora sabemos que su padre va a lograr la libertad...

—¿Qué esperan obtener? Mi padre ha cumplido o va a cumplir la condena impuesta por un tribunal —protestó Roland, fervorosamente—. Nada tiene que ver con el asunto, a estas alturas.

—Pero la Central d'Assurances sí. Pagó veinte millones de francos nuevos, una elevadísima cantidad, incluso en nuestros tiempos. Y no desespera de recuperarlos.

—¿Sospecha que mi padre guarda escondidos veinte millones de francos? —inquirió Roland, tenso. (La taza de fragante caldo de mariscos se estaba enfriando lastimosamente. Pellegrin se lo hizo notar, pero Roland encendió un nuevo cigarrillo).

El inspector de seguros contempló con lástima su plato de langostinos en el que apenas quedaban algunos restos de mayonesa. Vaciló. Probablemente estaba considerando si no sería excesivo ordenar una nueva ración de mariscos, pero finalmente se limitó a encargar una porción doble de tarta.

—Señor Bordas, veo que no está usted muy al tanto de esa vieja historia. Permítame que haga un breve resumen de lo que ocurrió en la factoría de Farcy-Forest & Cié, el ocho de diciembre de...

CAPÍTULO V

Era una crudísima noche de diciembre.

Tres hombres observaban en silencio la distante garita del vigilante. Guy, Emile y Bertrand habían escalado la alta tapia de hormigón que rodeaba la factoría y permanecían agazapados tras las ramas del frondoso árbol que crecía a un metro del muro. Las ramas próximas a la tapia habían sido cortadas, para evitar que algún merodeador pudiera utilizar el árbol para deslizarse al interior de las instalaciones, pero las frondas bastaban para ocultar a los tres hombres que aguardaban inmóviles y silenciosos.

De repente, el silencio fue roto por un gruñido. Un corpulento perro husmeaba allá abajo. Era un pastor alemán, muy nervioso e inquieto, al que enseguida se unió otro perro de la misma raza.

—Emile —susurró Guy. Y dio un leve codazo a su compañero.

Emile sacó de su chaquetón la potente pistola de aire comprimido. Sabía que no debía fallar. Si se producía el fallo, los perros ladrarían desaforadamente y alertarían al vigilante nocturno armado. Y las cosas se complicarían lastimosamente.

Emile trabajaba en el Zoo. Y la pistola de aire comprimido que ahora tenía entre las manos había sido distraída de la sección de Veterinaria del Parque Zoológico. El arma tenía un fin específico: cargada con una ampolla de anestésico servía para «dormir» a las fieras o animales corpulentos que debían ser intervenidos quirúrgicamente.

El primer pastor alemán se movía, cada vez más inquieto; allí abajo. Emile apuntó cuidadosamente y disparó.

Apenas se oyó un silbante zzzpp y el perro brincó en el aire y cayó pesadamente a tierra. El otro animal saltó, espantado. Pero Emile había vuelto a cargar la pistola con otro proyectil sedante y disparó tras apuntar con todo cuidado.

Guy le palmeó suavemente la espalda. Los dos perros yacían

sobre el suelo cubierto de hojarascas, completamente inmóviles.

—Vamos —suspiró Guy. Y se dejó caer elásticamente al suelo, cuatro metros más abajo.

En una corta y rápida carrera, Guy galopó hacia la nave más próxima. Cuando sus dos compañeros se le unieron, saltó nuevamente hacia adelante y se detuvo junto a la cabina del vigilante.

Avizoraron a través de los cristales. Un hombre grueso y rechoncho dormitaba confortablemente instalado en un viejo sillón forrado en skai. Sobre una mesa, humeaba aún la colilla de un pitillo. Un brasero eléctrico esparcía una luminosidad rojiza. Había una cafetera, igualmente eléctrica, y un vaso de cristal usado. En un rincón del muro, se veía la carabina del vigilante.

—¿Le disparo? —murmuró Emile, avieso—. Con una dosis como ésta, ese tipo dormirá durante seis horas.

—No —le atajó Guy con un gesto—. Una dosis elevada de anestésico podría matarle. Bastará con descargar su carabina.

—Eres demasiado blando —gruñó Emile, disgustado—. ¿Qué nos importa a nosotros ese individuo? —exclamó, señalando al durmiente, que roncaba de forma estrepitosa.

Pero Guy no le prestaba atención ya. Con una agilidad sorprendente en un hombre tan corpulento, acababa de rodear la cabina y penetraba en su interior. Bertrand y Emile le vieron pasar sigiloso por detrás del vigilante, tomar la carabina con movimientos rápidos y precisos y extraer las balas una a una. Luego dejó el arma en su sitio y salió con el mismo sigilo.

—Adelante —susurró. Y los tres se dirigieron como sombras hacia las oficinas, amparados en los muros de las enormes naves.

Iba a ser un buen golpe, Guy estaba seguro. Un golpe que probablemente le permitiría retirarse definitivamente de aquel duro y peligroso «oficio».

El «soplo» era tajante: la Farcy-Forest se dedicaba al comercio de metales preciosos. Era muy probable que en su modernísima cámara acorazada hallaran cien millones de francos viejos, tal vez más. También encontrarían oro, pero las instrucciones eran precisas: nada de tocar los metales preciosos que encontraran. El oro pesa demasiado, pero los billetes de banco son livianos.

En definitiva, el éxito o el fracaso sólo serían imputables a Guy

Bordas. Él había construido el excitador electrónico capaz de enviar impulsos al reloj que ordenaba la apertura de la puerta de la cámara acorazada.

El sistema de seguridad montado por la Farcy-Forest era muy preciso, incluso adelantado para su tiempo. Se trataba de un reloj electrónico acoplado al cierre que sólo permitía abrir la cámara a las diez de la mañana. Pero el excitador fabricado por Guy debería adelantar el reloj a voluntad...

Fue fácil penetrar en las oficinas de administración a través de la ventana de una terraza. En la oscuridad, Bertrand encendió una linterna y enseguida se orientaron en la dirección correcta.

Al fin se detuvieron ante la brillante puerta redonda de la cámara acorazada. En el silencio, podía escucharse perfectamente el monocorde reloj del sistema de cierre, encerrado en algún lugar de la puerta.

Guy se despojó del liviano macuto sujeto a su espalda, lo abrió y sacó el excitador de su invención. Lo montó, adoptó un sensor sónico y lo adaptó a la cromada puerta de seguridad. Lentamente graduó el tono captado por el sensor y luego comenzó a enviar las señales.

Transcurridos cinco minutos. La cadencia del casi inaudible tic-tac del reloj aumentó. Y de repente se escuchó aquel clic sonoro y metálico.

Ante el estupor de sus dos compinches, Bordas se puso en pie, tomó el volante del cierre de seguridad y lo giró... ¡La puerta se abrió!

Maravillados, los tres contemplaron el interior de la cámara acorazada al resplandor de la luz que se había encendido automáticamente. Los tres compartimientos de la cámara estaban divididos en estantes metálicos que contenían lingotes de oro, plata y otros metales semipreciosos. Pero Guy se sintió inmediatamente atraído por el tercer compartimiento, donde se encontraba el dinero.

Emile y Bertrand tomaron ávidamente los fajos. Pero la desilusión se reflejó en sus rostros enseguida.

—Unos veinte millones de francos^[2] —exclamó Emile, rabioso—. ¿Éste era nuestro fabuloso botín...?

Guy tragó saliva. Las cosas no habían salido como esperaban. Aquel dinero no solucionaría nada.

—Bien, carguemos con unos kilos de oro, todo lo que podamos llevar —propuso Bertrand, codicioso.

Pero Guy se apresuró a dejar las cosas en su lugar.

—Nada de oro. Ya sabéis las instrucciones. Tomemos el dinero y escapemos de aquí cuanto antes —resolvió tajantemente.

Sus camaradas obedecieron a regañadientes. ¿No era una estupidez dejar allí una riqueza que estaba al alcance de sus manos...?

Bordas dividió el botín en cuatro partes exactamente iguales.

—Toma la tuya y la de nuestro socio —indicó Guy a Emile—. Te encargarás de entregarle su dinero. Y ahora será mejor que escapemos cuanto antes. En marcha.

Abandonaron la cámara y Guy cerró la puerta cromada. Abandonando el edificio por la terraza. Cuando descendían la escalera, Guy resbaló y se torció un tobillo. Gruñó, malhumorado, se palpó con cuidado el lugar lesionado y comenzó a darse masajes. Pero cuando se puso en pie tuvo que aguantar un gruñido de dolor.

Cuando alcanzó la cabina del vigilante, Emile y Bertrand habían desaparecido.

—Cochons...! —murmuró Guy. Y se arrastró penosamente hasta la tapia. ¿Cómo gatear por el tronco del árbol y desde las alturas saltar hasta la tapia? En circunstancias normales, aquello sería un juego para un hombre como Guy, pero ahora...

Retrocedió. Buscaba desesperadamente una escalera, algo que le permitiera escalar la tapia y alcanzar la libertad.

Descorrió la puerta metálica de una nave. Un furgón cargado de paquetes. Guy tuvo aquella idea desesperada.

Y la puso en práctica. Poco después, salía cargado con una escalera de mano.

Estaba adosándola al muro, cuando escuchó la voz:

—¡Alto! ¡No se mueva!

Alguien llegó a la carrera.

—Apoye las manos en el muro, abra las piernas —le ordenaron. Y rápidamente le cachearon de arriba abajo.

Entonces se volvió lentamente y reconoció al vigilante. No empuñaba su carabina... descargada, como Guy había esperado,

sino un pavoroso revólver de gran calibre. Aquel hombre, rechoncho y gordinflón, lo manejaba con tanta seguridad que Guy no se atrevió a hacer lo que estaba pensando: agredirle, librarse de él y emprender la huida.

—Camine hacia aquella cabina —ordenó el guarda.

Y se apartó unos pasos prudentemente con el fin de prevenir una reacción a la desesperada por parte del detenido.

Una vez en la cabina, el vigilante le esposó con inesperada pericia a la mesa metálica. Y poco después llegó un coche-patrulla de la policía.

Pellegrin tomó una minúscula porción de tarta con el tenedor y se la llevó a los labios, goloso.

—La asesoría jurídica de la Central d'Assurances ha tenido acceso al viejo proceso contra Guy Bordas, cuestó que sus cómplices jamás fueron detenidos. Es notable que su padre jamás acusó a sus camaradas y que tercamente se empeñó en cargar con toda la responsabilidad, a pesar de los numerosos y largos interrogatorios, algunos no demasiado suaves, para hacer honor a la verdad —explicó Pellegrin.

Ordenó un café irlandés al camarero e invitó a Bordas a pedir alguna cosa más, pero éste rehusó con un ademán enérgico.

—Así que el dinero no se recuperó jamás... —comentó Roland, pensativo.

—Jamás. He ahí el misterio. Guy Bordas no tuvo la oportunidad de escapar. Así que se especuló con la posibilidad de que hubiera arrojado su dinero al otro lado de la tapia. Se registraron primero los alrededores y después la factoría, desde las alcantarillas a los tejados. Pues bien: no se recuperó un céntimo. Pero este asunto comprende otros hechos sumamente enigmáticos...

—¿Por ejemplo? —preguntó Roland, impaciente.

—La disparidad manifiesta entre las declaraciones de su padre y del director de la empresa Farcy-Forest & Cié.

Mientras Guy Bordas se empeñó en repetir que sólo había encontrado veinte millones de francos viejos en la cámara acorazada, el director declaró que en realidad aquella noche la cifra guardada era de doscientos millones. ¡Una ostensible diferencia...! —exclamó el técnico de seguros.

—¿Cómo se explica?

—Las cuentas de la Farcy-Forest estaban claras. Expertos de la policía revisaron la contabilidad, los justificantes de caja, todo. Dedujeron que en la caja había en efecto doscientos millones de pesetas. Y una deducción les llevó a otra: Guy Bordas mentía para evadir responsabilidades. Usted sabe que para la justicia no es lo mismo robar veinte que doscientos millones. Hay unas escalas...

Roland suspiró. Encendió otro cigarrillo y tosió violentamente. Cuando pasó el acceso de tos, escrutó el rostro redondo de su interlocutor con curiosidad y exclamó:

—Ya veo. Pero aún no logro entender qué tiene todo esto que ver conmigo.

Pellegrin probó con ávida glotonería un sorbo del cremoso café que el camarero acababa de depositar ante él.

—Si tiene un poco de paciencia, le pondré al tanto del asunto, mi querido amigo —volvió a beber de la taza a pequeños y satisfactorios sorbos y prosiguió—: La policía, por una parte, y nosotros, por otra, llegamos a la misma conclusión: Guy Bordas había sido utilizado como un conejillo de indias, para cargar con toda la responsabilidad. Naturalmente, no podríamos creer a pies juntillas su declaración. Se comprobó, sí, que otros dos individuos habían penetrado en la factoría. Había huellas de lodo, de las que se sacaron varios moldes...

—Siga.

—Oh, la la —Pellegrin había terminado su café y acababa de sacar del bolsillo una cigarrera de habanos, que ofreció, inútilmente, a Bordas, que la rechazó con un rápido y elocuente ademán—. Se comprobaron las huellas de los zapatos de Bordas y las de otras dos personas, hombres, con toda probabilidad. Y se supuso que estos dos individuos habían huido con todo el botín. Lamentablemente, su padre se empeñó en repetir la misma historia y no se pudo identificar a sus cómplices.

Pellegrin hizo un gesto desmadrado con su regordeta mano izquierda en la que brillaba un solitario verde.

—Una lealtad incongruente, porque sus camaradas le habían traicionado.

—¿Traicionado?

—Júzguelo usted mismo. A las once y media de la noche, una

llamada telefónica a la cabina del vigilante despertó a éste. Según su declaración, un desconocido comunicante le previno: se estaba produciendo un robo en la factoría. Es decir, que los cómplices se apresuraron a desembarazarse de Bordas quien, con su tobillo hinchado, apenas podía caminar. No me lo explico...

—¿Qué...?

—¿No lo entiende, *monsieur* Bordas? Su padre siguió protegiendo a sus cómplices, aun a sabiendas de que éstos le habían traicionado. ¿Por qué...?

Roland no tenía respuesta para aquella pregunta. Pero tenía otras cuestiones que plantear.

—Resumiendo —pronunció con frialdad—: su empresa de seguros intenta recuperar un dinero que nadie sabe dónde está. ¿En qué lugar encajo yo?

El rostro rubicundo de Pellegrin resplandeció.

—Querido amigo, ya le dije que mi compañía está siempre al tanto de lo que le interesa. Hemos sabido que su padre será liberado dentro de poco... gracias a sus gestiones, inspector Bordas, detalle por demás elogioso, puesto que un hijo debe siempre preocuparse de un padre aunque... se trate de un delincuente.

Roland palideció.

—No sé si se da cuenta de que empieza a impacientarme, señor Pellegrin. Las intimidades de mi familia me pertenecen —exclamó sordamente.

Pellegrin hizo un ampuloso gesto con ambos brazos entreabiertos.

—Evidentemente, *monsieur* l'inspecteur, y de ninguna forma trato de inmiscuirme en su vida privada —declaró, amigablemente—. Ya que le he puesto al corriente del asunto, iré directamente al grano. A mi compañía le interesan, por encima de todo, los resultados prácticos. Es decir, ofrece el diez por ciento del total a quien recupere o de una pista suficiente para recuperar los doscientos millones de francos viejos que la Central d'Assurances debió pagar en su día a la

Farcy-Forest & Cié.

Ese diez por ciento significaría... dos millones de francos nuevos. Una cifra que... Mon Dieu! bastaría para asegurar el porvenir de una familia como la suya, moncher *monsieur* l'inspecteur —terminó,

satisfecho de su discreta elocuencia.

CAPÍTULO VI

Roland se despidió de Fernand Pellegrin con cajas destempladas.

¿Qué esperaba aquel ridículo hombrecillo gordo? ¿Qué presionara a su padre para averiguar el paradero del dinero que faltaba...?

En primer lugar, Guy Bordas era demasiado hombre para dejarse extorsionar. Por otra parte, en el supuesto de que, efectivamente, hubiera guardado aquel dinero, entendería que lo tenía bien ganado con quince años de reclusión.

—Su padre no es un hombre joven —le había hecho notar Pellegrin—. Le convendrían más dos millones de francos nuevos, honradamente adquiridos, que veinte obtenidos mediante un delito.

Tal aserto era razonable, tuvo que admitir Roland. Pero su opinión personal difería contundentemente de aquel embrollo: lo mejor era que su padre se olvidase de su pasado y comenzase una nueva existencia, limpia y honorable.

Sin embargo, no iba a ser tan fácil, como el propio Roland comprendería no mucho después.

Transcurrió una semana. El pegajoso Pellegrin se hacía el encontradizo con él en los lugares más dispares: a la puerta de la comisaría, en una cafetería, a la misma puerta de su casa...

—No lo olvide, mi querido amigo. Une entente cordiale entre usted y yo sería muy beneficiosa para ambos. Y también para su padre —solía decir.

A Bordas le estomagaba Pellegrin, con su pesada insistencia. A veces solo era un saludo desde la acera de enfrente, otras le veía agitar la mano desde la boca del metro o la escalerilla de un autobús urbano.

¿Es que aquel tipo le estaba siguiendo...?

—Tal vez imagine que me siento ávido por poner mis manos sobre esos veinte millones —llegó a pensar Bordas.

Se sentía muy nervioso por entonces. A través de la secretaria de Justicia acababa de averiguar que la libertad de su padre era inminente.

¿Qué haría el viejo, cuál sería su reacción en adelante? ¿Seguiría obstinado en su ciega terquedad o se dejaría ganar por el afecto...?

Al día siguiente se encontró con Eugene Money Vigot, el hombrecillo recién salido de la cárcel que le había hablado de su padre. El encuentro se produjo en la Place Marquai y fue fortuito: Money chocó contra él a la entrada de una boca del metro. Tan fuerte fue el encontronazo, que ambos estuvieron a punto de rodar escaleras abajo.

—¡Eugene! —exclamó Bordas, reconociéndole—. ¿Está enfermo?

Lo parecía. Su palidez se había acentuado y además mostraba una oscura equimosis en el pómulo izquierdo. Su labio inferior aparecía anormalmente abultado, como si le hubieran golpeado a puñetazos.

Roland logró sacarle del maremágnum de viandantes y, ya arriba, preguntó solícito:

—¿Qué le ha ocurrido? Esos golpes...

Money sonrió forzosamente.

—El entusiasmo de los primeros días en libertad —explicó—. Bebí más de la cuenta y... Para qué voy a cansarle: me caí y me golpeé duramente. Tuvieron que llevarme a la casa de socorro.

—Vaya, lo siento. ¿Encontró empleo?

Eugene vaciló.

—Ése es el caso... Mi amigo no ha aparecido. Y el escaso dinero que tenía empieza a agotarse —respondió humildemente.

—¿Tiene dónde dormir?

—Sí, encontré un cuarto en rue Lombard. Pagué una semana por adelantado pero me echarán en cuanto me falten los francos de esta semana.

—¿Cuánto es?

—Sesenta —contestó Money en un susurro.

Roland sacó su billetero y le entregó algún dinero.

—Venga a verme mañana a la comisaría de rue Bartres. Intentaré encontrarle un empleo. ¿Qué sabe hacer además de...? —Iba a decir: «además de falsificar moneda», pero se calló a tiempo.

—¡Cualquier cosa! Chapuzas de electricidad, de fontanería,

cosas de ésas —exclamó el hombrecillo.

—Bien. No deje de ir por la comisaría. Le buscaré algo.

—Gracias, señor Bordas —respondió Vigot. Y estrechó apenas la mano que le ofrecía Roland Bordas.

Cuando ya se iban a separar, Eugene preguntó con timidez:

—¿Y su padre? ¿Ha vuelto a verle?

Bordas se aproximó a él. Le relucían los ojos cuando dijo en un susurro:

—No le he visto, pero le haré una confidencia que espero le sorprenda agradablemente, Eugene. Es muy posible que mi padre abandone la prisión dentro de unos días.

—¿De veras? ¡No sabe cuánto lo celebro! ¡El viejo Guy en libertad! ¡Me gustaría tanto verle...! —exclamó.

—Pues no creo que sea muy difícil. Ya veremos. Ahora me voy: tengo mucho trabajo. Hasta la vista, Eugene.

—Au revoir, *monsieur* Bordas —le gritó alegremente Money Vigot.

Esa tarde, el comisario Bardelot llamó a Roland a su despacho. Tenía sobre su bureau unas hojas fotocopiadas, que ofreció a Bordas con un rápido «échele una ojeada».

Roland tenía ante los ojos lo que parecían fotocopias de tarjetas de crédito, bonos bancarios y acciones al portador. Al advertir su perplejidad, Bardelot se apresuró a infórmale:

—Todos esos documentos son falsos. La ciudad está saturada de tarjetas de crédito y bonos falsos. He recibido una llamada urgente de la Secretaría de Hacienda. Es preciso encontrar a los falsificadores antes de que toda Francia esté llena de esos falsos documentos. Hemos detenido a un centenar de personas, pero no hemos conseguido averiguar nada importante —Bardelot se rascó una ceja, desorientado—. Se trata de un asunto de la Interpol, pero nos han pedido, a través de Hacienda, que les echemos una mano. No se lo explican muy bien: aseguran que todos los falsificadores expertos estaban a buen recaudo, tras las rejas de nuestras prisiones. Pero el caso está ahí, como un hierro candente. En todas las comisarías se reciben centenares de denuncias procedentes de los Bancos: utilización de tarjetas de crédito falsas, venta clandestina de bonos y acciones falsificados. Usted es uno de los policías más hábiles de mi departamento, Bordas. ¿Quiere ocuparse

de esto? Naturalmente, tendrá que partir de cero.

—Muy bien. Veré qué puedo hacer —respondió Bordas, animoso.

Volvió temprano a casa, apenas anochecido. Rose-Ann y la joven y guapa Caroline, su hermana, estaban jugando al ajedrez.

—¿Y la niña? —preguntó Roland, después de besarlas, cariñoso.

—La acosté —le informó su esposa—. Tosía y tenía la garganta enrojecida. Le he dado un antipirético y duerme. No te preocupes demasiado, Roland: posiblemente mañana estará bien.

Fue a ver a la niña. Tenía un poco de fiebre, pero no parecía nada alarmante. Poco después,

Rose-Ann,

Caroline y Roland estaban cenando.

El policía vio el telediarario y se fue a la cama, pues se notaba rendido. Madrugaba demasiado y apenas descansaba a lo largo del día.

Rose-Ann se introdujo en la cama cuando Roland dormía ya profundamente. Pero el contacto con el cuerpo de su esposa le despertó. La besó en los labios y ella le acarició el pecho. Poco a poco fue desatándose el frenesí erótico hasta que en el paroxismo del deseo la tomó en sus brazos e hicieron el amor.

Cuando terminaron, ella se quejó entre dientes.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Roland, solícito.

—Es este malestar en el vientre. Vuelve a fastidiarme.

—Tendrás que tomarlo en serio. ¿Por qué no vas al médico mañana?

—Lo pensaré. Tal vez me lleve a Annie y la haga examinar —respondió su esposa.

Pero a la mañana siguiente,

Rose-Ann

(que había permanecido desvelada varias horas de la noche) se quedó dormida y Caroline se encargó de llevar a la niña al colegio.

A la puerta de la comisaría, Roland encontró a Eugene Vigot. Por fortuna, no había olvidado su encuentro del día anterior y pidió al hombrecillo que le acompañase hasta el taller de Simon Fouchet, que se dedicaba a servicios de fontanería.

Fue todo muy rápido. Fouchet y Vigot se pusieron de acuerdo en cuanto a las condiciones del trabajo y la remuneración. Cuando

Vigot se despedía del policía, éste le confió:

—Mañana, Eugene. Mi padre sale mañana. Iré a buscarle a la prisión. Ya veremos.

—Téngame al corriente, señor Bordas. Me gustaría saludar al «viejo» —respondió Money con un gesto de complicidad.

Cuando penetró en la comisaría, Roland recordó bruscamente el trabajo que le aguardaba. Y enseguida pensó en Eugene Vigot. ¿No había cumplido condena por grabar placas para imprimir moneda falsa...?

Le esperó a mediodía a la puerta del taller de Fouchet. Alguien se le adelantó cuando el hombrecillo apareció en la puerta: un individuo corpulento, con un bigote bien recortado, que fumaba un cigarrillo rubio y vestía un carísimo gabán de piel.

Eugene denegó con un vivo ademán y exclamó en voz alta:

—No, no es aquí, señor. Le han orientado mal. Ésta es la fontanería de Simon Fouchet —y el hombre del abrigo de piel le dio las gracias y se alejó.

Vigot pareció sorprendido al ver al policía.

—Le invito a almorzar, Eugene —exclamó—. Es aquí, muy cerca, en el Bistrot Camèlie. Hacen buena cocina casera y no es caro.

Vigot agradeció el rasgo y poco después estaban almorzando en el confortable restaurante de un semisótano.

—No lo tome a mal, Eugene, pero ¿le importaría contestar a un par de preguntas? —preguntó de repente el policía.

Money enarcó expresivamente una ceja.

—De ningún modo, señor Bordas. Usted es un amigo. Ha hecho mucho por mí. Pregunte.

—Verá: un aluvión de falsas tarjetas de crédito están cayendo sobre los bancos. Usted... Bueno, fue un profesional. Quizá conozca a profesionales capaces de realizar esas falsificaciones.

Money no pareció sorprenderse por la pregunta.

—Hace diez años, yo estaría en situación de responderle, señor Bordas. Pero he pasado mucho tiempo en prisión y me he alejado del «ambiente». Todos los «profesionales» que conocí han ido desapareciendo: unos han muerto, otros se marcharon lejos, los demás... tal vez estén cumpliendo condena. Lamento mucho no poder serle de utilidad —respondió.

—No se preocupe. Lo intentaré de alguna otra manera —respondió Bordas. Abonó el importe de la nota, se despidió de Vigot y se marchó.

Cuando se dirigía a recoger su coche, advirtió que alguien le seguía disimuladamente. Caminó aprisa y de repente se detuvo ante el escaparate de una joyería. Su perseguidor no tuvo más remedio que continuar adelante, so pena de descubrirse ostensiblemente.

Perplejo, Roland reconoció al caballero vestido con un caro gabán de piel que se acercaba a Eugene Vigot a la entrada de la fontanería.

CAPÍTULO VII

Roland aparcó su automóvil en la zona más alejada de la explanada anterior a la prisión. Desde allí vigiló la entrada de la penitenciaría.

Transcurrieron diez minutos. De pronto, un enorme automóvil americano se aproximó a la fachada de la prisión. Era un Cadillac, matrícula DAX-0019.

¿No era aquel coche el que le había manchado de nieve sucia los bajos del pantalón, unos días antes en plena rue Bartres?

Curioso, tomó los prismáticos de caza que siempre llevaba en el guantero y trató de reconocer al dueño del lujoso coche.

No le resultó difícil: el caballero que se sentaba en el asiento posterior, tenía los cabellos grises, unas facciones descamadas, angulosas y frías, unos labios finos y crueles y unos ojos estrechos de un azul glacial.

Se llamaba Jean Carone y era corso. Veinte años antes, Carone era el reyezuelo del hampa, pero en la actualidad se hacía pasar por un honesto hombre de negocios. Carone se había enfrentado en diversas ocasiones a la policía e incluso había comparecido ante los magistrados. Sin embargo, nadie logró jamás ponerle entre rejas. Se le tenía, por tanto, por un individuo inteligente, hábil y escurridizo.

¿Cuáles eran sus negocios actuales? Roland recordó una cadena de clubs nocturnos y whiskerías y diversos negocios de máquinas tragaperras. Actividades legales, desde luego.

La persona que permanecía tras el volante era una mujer. Una jovencita de cabellos platinados, sumamente atractiva. ¿Un chófer femenino? ¡Porqué no! Jean Carone se había hecho famoso por su extravagancia. ¿Y qué mayor extravagancia que disponer como chófer de una bella mujer? Sobre todo si se tenía en cuenta que se sabía de las inclinaciones homosexuales de Carone...

Roland se preguntó qué habría traído a aquel viejo *gangster* hasta las cercanías de la prisión. ¿Algún viejo compinche que se disponía a ganar la libertad...?

Bordas continuó su labor de espionaje a través de los prismáticos. En aquel momento alguien apareció en la puerta de la prisión. Un individuo de elevada estatura que vestía un sencillo traje, algo anticuado, de mezclilla gris.

¡Era Guy Bordas...! Inmediatamente, Roland sintió el impulso de abandonar el coche y correr hacia su padre. Pero se contuvo. Y un momento después se alegraba de ello. El Cadillac de Carone se había puesto en marcha y avanzaba lenta y majestuosamente en pos de Guy Bordas, que caminaba con paso rápido y elástico hacia la parada de autobús.

Roland advirtió que su padre se detenía. Bajada la ventanilla automática del Cadillac, Carone conversaba con su padre. Vio que Guy denegaba violentamente y proseguía su camino sin mirar atrás.

Fue ostensible el iracundo gesto de Carone, que debió dar una orden a su conductora, porque el Cadillac se puso en marcha y se alejó raudamente.

Roland dejó los prismáticos en el secreter y arrancó. Un momento después se detenía a la altura de la parada de autobús donde se encontraba Guy Bordas con una pequeña maleta en la mano. Descendió del coche y se acercó a él.

—Papá.

Guy sonrió sin ganas.

—¿Por qué has venido, Roland? Sabes que prefiero partir en solitario —respondió sin violencia.

—¿Por qué? Tienes un hijo, una familia... Las Navidades están a un paso. ¡Sería tan hermoso que pudiéramos gozar de estas fiestas en compañía! Olvidémoslo todo, por favor. Yo te abro los brazos sin condiciones... ¿Por qué no me aceptas sin rencor? —exclamó en voz baja.

Hubo un destello húmedo en los ojos oscuros de Guy Bordas. Seguramente rememoraba otras navidades anteriores. Pero enseguida aquella ínfima muestra de debilidad se borró de su rostro.

—No, Roland. Ya es tarde. Sabré vivir por mi cuenta —dijo.

Su hijo le tomó un brazo. A pesar de los años de dura prisión,

Guy conservaba una musculatura impresionante.

—Por favor, papá —insistió Roland—. Tienes una nieta preciosa, que está deseando abrazar a su abuelo. Y

Rose-Ann

te recibirá con el cariño de una hija. Y yo...

El expresidiario Bordas apretó las mandíbulas, lo que convirtió sus facciones en una máscara pétrea.

—Vete —gruñó sin mover los labios, como había aprendido a hablar a lo largo de muchos años de reclusión.

Roland retrocedió, dolorido. ¿Era aquél, el gran hombre, el padre afectuoso que le había descrito Eugene Vigot, el que quince años atrás había cometido un robo para asegurar el porvenir de su esposa y su hijo?

—¡Vete! —repitió Guy, impertérrito. Y Roland no se lo hizo repetir: volvió al coche, puso el motor en marcha y se alejó.

Quinientos metros más allá se detuvo tras la nave de un taller mecánico. A pesar de la seca repulsa de su padre, no estaba dispuesto a darse por vencido. Un momento después vio pasar el autobús. Sacó los prismáticos y vio que su padre tomaba el vehículo.

Cuando el autobús pasó, de regreso a la ciudad, Roland le siguió a distancia prudencial. Tres cuartos de hora más tarde veía descender a Guy Bordas en una parada de la rue Des Fidèles. Sin bajar del coche, Roland comprobó que su padre penetraba en el número 65 de la misma calle, un viejo edificio de ocho plantas.

Como transcurrieron veinte minutos y el expresidiario no apareció, Roland bajó del coche y caminó hacia el número 56. A la entrada, una vieja placa esmaltada anunciaba:

«PENSIÓN PAPETIER, 5.º piso»

Hizo una llamada telefónica desde una farmacia cercana. Con una ingeniosa treta, averiguó lo que deseaba: su padre se alojaba en la Pensión Papetier.

Más tranquilo ya, volvió al coche y se dirigió a comisaría.

Cierto que había fracasado con el «viejo», pero volvería a intentar el acercamiento más tarde. Quizá su padre se ablandara cuando la Navidad fuese acercándose. Vigot no podía haberse equivocado: en el corazón de Guy Bordas debía haber aún una pizca

de sentimientos paternos.

—Es curioso —observó comisario, alzando la mirada de su mesa—. Se diría que posee usted poderes mágicos, Roland. Desde el momento en que le encargué trabajar en el caso de las falsificaciones, las tarjetas de crédito y los bonos han dejado de hacer su aparición en los bancos. ¿Cómo lo consiguió?

—¿Se burla de mí? —exclamó el inspector Bordas.

—De ninguna forma. No han vuelto a presentarse denuncias a la policía. ¿Cree que se trata de un hecho fortuito, de una casualidad...?

Bordas se puso en pie, pensativo.

—No —respondió—. No creo que se trate de una simple casualidad.

Guy Bordas estaba ocupado en la reparación de un viejo televisor. Cuando penetró en su habitación la señora Papetier, alzó vivamente la cabeza y vio a Roland.

—Lo siento, señor Bordas —se excusó la dueña de la pensión—. Este hombre es policía. Me metió la placa por los ojos y no tuve más remedio que dejarle pasar, a pesar de sus advertencias en sentido contrario.

Guy sonrió amargamente y dejó las gafas sobre la mesa.

—Ah, los viejos procedimientos policíacos... —exclamó, moviendo la cabeza reprobatoriamente. Miró a la mujer y le dijo—: No se preocupe, *madame* Papetier. Conozco a este hombre. Déjelo entrar.

—Como quiera, *monsieur* Bordas —contestó la mujer. Miró a Roland con desconfianza y le dejó pasar, tras lo cual salió y cerró la puerta.

Guy se caló las gafas y simuló absorberse en su tarea, pero era fácil advertir su tensión interior.

No invitó a Roland a sentarse, ni su hijo se movió de la puerta. Sólo echó una mirada una mirada plena de curiosidad a la humilde pero limpia habitación y luego volvió la atención a su padre.

—¿Qué tal te van las cosas? Veo que tienes un pequeño trabajo en perspectiva —comentó, finalmente.

—Es el televisor de la señora Papetier. Lleva averiado mucho tiempo, pero yo lo arreglaré. Si vienes a fiscalizar mis actos...

—No. No vengo a fiscalizar tus actos —respondió Roland con cierta rudeza—. Si te empeñas en alejarme de tu lado, no puedo imponerte mi presencia. Lo cierto es que necesitaba hablar con alguien. Sobre todo después de lo de Rose-Ann...

Guy alzó la vista del desmontado televisor.

—¿Quién es

Rose-Ann?

—preguntó simulando desinterés.

—Lo sabes bien: es mi esposa. Cuando llegué anoche a casa, acababa de llevársela una ambulancia. Tiene el apéndice inflamado, tendrán que operarla. Y la pequeña Annie cada vez va peor de la garganta. Yo no acabo de curarme este resfriado que va a degenerar en bronquitis o en algo peor...

Guy tomó un pequeño soldador eléctrico y lo introdujo en un enchufe próximo.

—¿Eso es todo? —Gruñó su padre, inescrutable—. No soy una hermanita de la caridad, dispuesta a escuchar pacientemente la letanía de tus calamidades familiares.

Roland hizo chirriar sus fuertes dientes lobunos.

—Si escuchar mis problemas te aburre, tal vez te divierta más saber que hay un tipo que me ronda constantemente. Se llama Pellegrin y busca veinte millones de francos nuevos robados hace años a la

Farcy-Forest & Cia

—respondió crudamente.

Su padre apartó el soldador y se le encaró con violencia.

—¿Y qué diablos tiene eso que ver conmigo? ¡He pagado con quince años de mi vida! —exclamó, irritado.

—Eso fue lo que yo le dije, pero su empresa de seguros no desespera de recuperar esos veinte millones. Pellegrin sospecha que tus cómplices recogieron el dinero —añadió Roland.

—Por mi parte, puede sospechar lo que le venga en gana. Nada tengo que ver con aquel asunto: quedó liquidado en el momento en que un tribunal me condenó a veinte años de prisión —replicó Guy, indiferente.

Aunque no le habían invitado, Roland tomó una silla y se sentó junto a su padre, quien seguía trabajando ajeno a su presencia.

—Me pregunto por qué seguiste protegiendo a tus cómplices después de comprobar que te habían traicionado —comentó el policía.

Guy volvió a soltar el soldador y se quitó las gafas. Parecía muy impaciente, agotado.

—Escucha, Roland: no tengo por qué soportar tus impertinencias. Pero si lo que sientes es curiosidad, voy a satisfacerte —se pasó los dedos por los párpados y suspiró—. Callé los nombres de mis compañeros porque esperaba recuperar mi parte algún día. Entonces me sentía muy interesado por ti: quería ocuparme de tus estudios, de tu formación y de tu seguridad. Después dejaste de interesarme. Yo no necesito dinero para mí, de modo que no pienso mover un dedo para pedir lo que me corresponde. En realidad, sólo deseo que todos me dejéis en paz —pronunció con claridad meridiana.

Roland asintió.

—Estás en tu derecho. Pero me intriga el hecho de que tú declarases una cantidad robada y la empresa otra, diez veces mayor. ¿Por qué...? Al final, te condenaron por el robo de doscientos millones, no de veinte.

—Eso sólo me importa a mí. Y ahora, vete. Tu presencia me importuna. Estás impidiendo que me concentre en mi trabajo —exclamó airadamente.

Definitivamente, Roland se puso en pie y devolvió la silla a su sitio.

—Está bien, me marchó —dijo. Y añadió—: Si necesitas algo, lo que sea, sólo tienes que llamarme por teléfono. Acudiré enseguida. Le dejaré a tu patrona una tarjeta mía.

Esperó un instante a escuchar una palabra de su padre. Pero Guy Bordas se había calado las gafas y proseguía la reparación del televisor.

Finalmente Roland pronunció un apagado buenas tardes y se marchó.

CAPÍTULO VIII

El teléfono zumbó varias veces antes de arrancarle de su profundo sueño. (Roland había pasado la noche en el hospital, velando a su mujer. Regresó a las seis de la mañana y ahora eran poco más de las ocho).

Cuando tomó el teléfono de la mesilla de noche, Roland escuchó el llanto de Annie, cuya amigdalitis parecía empeorar.

—Diga.

—¿Es el señor Bordas, Roland Bordas? —preguntó una alterada voz de mujer.

—Sí, soy Roland Bordas. ¿De qué se trata?

—Verá, soy la señora Papetier, patrona de su padre. He visto la tarjeta que usted dejó en el recibidor y sospeché el parentesco que le une al señor Guy Bordas. Acaba de suceder algo terrible.

Roland se incorporó en el lecho, totalmente despierto.

—Hable, por favor.

La mujer lloriqueó antes de responder:

—¡Ah, señor Bordas, ha sido horrible, horrible!

—¿Quiere explicarse de una vez? —Gruñó Roland, impaciente.

—¡Mon Dieu! ¡El cable del ascensor se rompió y el señor Bordas... se despeñó hasta el fondo del foso! ¡Todo estaba lleno de sangre cuando... cuando le sacaron...!

—¿Cuándo ocurrió eso, a dónde le han llevado? —preguntó Roland, demudado.

—Fue... hace poco más de media hora. Y... ¡sí, creo que le han trasladado al Hospital Du Midi!

Roland colgó sin esperar a seguir escuchando los lamentos de la pobre mujer. Corrió al cuarto de baño, se lavó y peinó con urgencia. Iba vistiéndose el chaquetón de piel cuando cruzó ante el dormitorio de Annie: Caroline estaba allí, ocupándose de la niña.

—Tengo que salir urgentemente —explicó el policía—. ¿Qué le

ocurre a la niña?

Caroline le mostró el termómetro.

—Tiene fiebre. Treinta y nueve grados. Le he mirado la garganta y la tiene muy enrojecida. Sería mejor llamar al médico, Roland —respondió su joven cuñada.

—¡Ocupate tú de eso, a mí me es imposible ahora! En el salón está la agenda. Busca «doctor Severin, Alfred Severin», y pídele que venga a visitar a Annie —gritó mientras se dirigía a la puerta.

—No te preocupes: lo haré —oyó aún la voz de Caroline.

Abrió la puerta y tiró de ella. Mientras cruzaba el enfangado jardín, masculló:

—¡Maldita coincidencia, mil veces maldita!

Rose-Ann

a punto de ser operada en el hospital, Annie enferma y yo con los bronquios hechos polvo. ¡Y encima mi padre sufre un accidente!

«Corso» el gran bóxer le acompañó alegremente hasta la puerta del garaje y le rozó las piernas con su negra cabezota, pero Bordas no estaba para perder el tiempo acariciando al perro.

Consiguió arrancar el motor a la tercera intentona y salió a la calle. Y ya allí pisó el acelerador a fondo en dirección al sur.

La nieve se había deshecho parcialmente, convirtiendo las calles en lentos riachuelos de agua sucia. Los partes meteorológicos, sin embargo, anunciaban un empeoramiento de las condiciones meteorológicas. Es decir, descenderían las temperaturas y volvería a nevar. Por fortuna, Roland se había preocupado unos días atrás de cambiar los neumáticos de su coche por otros dotados de clavos de acero, más seguros para conducir a través de las calles nevadas.

En el vestíbulo del hospital, mostró su credencial y le dejaron pasar.

«De algo debía servirme ser policía», pensó, iracundo.

Preguntó en información.

—¿Bordas? No podrá verle ahora: están interviniéndole en el quirófano. Pero puede hablar con el médico de guardia, doctor Auriol Graves —le dijeron.

El doctor Graves contestó a sus preguntas.

—Sí, es grave. Traumatismo craneal con probable *shock*. Se ha roto una pierna, la derecha, y el antebrazo del mismo lado. Pero lo peor son las lesiones internas: arrojaba sangre por la boca cuando le

trajeron aquí. No, no puedo adelantarle más noticias, pero le informarán tras la operación.

Roland abandonó tristemente el hospital.

Un desgraciado accidente, que venía a sumarse a otras desgracias. Posiblemente su padre quedaría convertido en un tullido. O quizá... Pero no, no había que ponerse en lo peor. Era mejor conservar la esperanza.

Llamó por teléfono a la clínica en la que estaba hospitalizada Rose-Ann

y se tranquilizó al oír la voz de su esposa.

—No, no me operarán por ahora. Los médicos esperan que mi apendicitis evolucione favorablemente. Si es así, me darán el alta y podré volver a casa. No sabes cuánto deseo volver a dormir en mi cama, contigo al lado, mon *chéri* Roland. ¿Annette? —Para Rose-Ann,

su hija era Annette; Roland la llamaba Annie.

—Tenía fiebre esta mañana. He dejado encargado a Caroline que llame al doctor Severin. Yo volveré a casa en cuanto pueda.

—Mon Dieu, más complicaciones para ti, Roland, más preocupaciones para todos —se lamentó Rose-Ann.

Cambiando de tema, inquirió—: Por cierto, ¿cómo es que has madrugado tanto, querido?

—Cosas del servicio —respondió Bordas (¿de qué valía alarmarla?)—. Pero tranquilízate, amor mío, me ocuparé de Annie en cuanto pueda. Hasta luego.

Pensó en el accidente de Guy mientras volvía a su coche.

¿Accidente? Era preciso comprobarlo.

Se trasladó al número 56 de la rue Des Fidèles. En el portal, una portera de cabellos grises y modales bruscos trató de impedirle el paso.

—No se puede subir. El ascensor está averiado —gruñó.

Roland advirtió que la mujer estaba tratando de borrar con su fregona unos gruesos goterones de sangre.

—¿Qué ha ocurrido? —indagó. Y al ver que la mujer parecía reacia a contestar, se presentó—: Inspector Bordas —y mostró su carnet.

—Policía, ¿eh? Buena prisa se dan en acudir cuando nadie les

llama. ¿Qué, creen que se trata de un atentado? Nada de eso, en esta casa todo está viejo y oxidado. El cable se rompió cuando bajaba uno de los pupilos de *madame* Papetier. ¡Pobrecillo! Le sacaron de ahí abajo —la mujer señaló los peldaños que conducían al foso—, hecho un cuatro, con las piernas torcidas y arrojando bocanadas de sangre por la boca —la mujer parecía gozar morbosamente describiendo al herido.

Roland la dejó con la palabra en la boca y emprendió la ascensión por la húmeda escalera. Hacia el tercer piso se vio obligado a aminorar el ritmo de sus zancadas, pues sus pulmones parecían a punto de estallar. Cuando llegó al quinto piso, su respiración era jadeante, estertorosa.

Pulsó el timbre de la puerta correspondiente a la pensión y le abrió la propia señora Papetier, quien, compungida, respondió a sus preguntas.

—Recibió una llamada telefónica, poco después de las siete. Enseguida se puso el gabán y me advirtió que tenía que salir con urgencia. Poco después, la portera subió a advertirme que el cable del ascensor se había roto y que el señor Bordas estaba en el foso, destrozado. Me eché a llorar... En poco tiempo le había tomado un gran aprecio. ¡Pobre señor Bordas!

Roland agradeció sus muestras de condolencia, pero necesitaba hacer más preguntas y las hizo.

—Hay ocho plantas, cada una de las cuales está dividida en cuatro viviendas. También está el ático. Allí vive Louis Gouffre y su esposa. Ella es una buena mujer, pero él es un rufián vicioso, un vago y un borracho, que chilla como un energúmeno cuando se harta de vino peleón.

Roland le dio las gracias y volvió a la escalera. Subió ahora con mayor lentitud, controlando cuidadosamente la respiración para no fatigarse en exceso.

Ascendió hasta la terraza y descubrió la entrada al ático. La caseta del ascensor quedaba frente a la ventana, a un paso. Se acercó a la puerta y la golpeó, pues no existía timbre. Alguien masculló una palabrota en el interior. Luego se oyeron unos pasos arrastrados y Roland vio en la puerta a una mujer de mediana edad, pálida y delgada. Debía ser Adèle Gouffre.

—Soy Bordas, de la policía —se anunció Roland. Y empujó

suavemente a la mujer para pasar. Dentro olía a orines rancios, a humedad y a miseria. Pero encima de la raída mesa camilla había un paquete de caros cigarrillos ingleses, uno de los cuales humeaba aún en un barato y negruzco cenicero de arcilla.

De la habitación situada al final de un estrecho pasillo llegó una voz descompuesta y brutal:

—¡Adèle! ¿Con quién diablos estás hablando? ¡Maldita cotilla! ¿Vas a venir de una vez?

Roland olfateó el ambiente. Por encima del hedor a orines, de aroma a excelente tabaco rubio y de la gama de otros vagos olores, podía percibir algo distinto, más delicado...

Aprovechando la indecisión de la mujer, avanzó con rapidez por el pasillo y llegó al dormitorio. Una mísera habitación que albergaba míseros enseres.

Pero el fajo de billetes que guardó apresuradamente bajo las sucias ropas el hombre que ocupaba el lecho no tema nada de miserable.

—¿Quién es usted, como se atreve a llegar aquí? —barbotó el delgado individuo desgreñado, apretando celosamente su tesoro bajo las mantas.

—Es un policía, Louis —advirtió su esposa con suavidad.

—¡Un policía! ¿Y con qué permiso entra aquí? ¿No sabe que necesita una orden judicial? ¡Le demandaré por allanamiento de morada, le denunciaré, le...! —gritó Gouffre, descompuesto.

Sin hacerle caso. Bordas rodeó el lecho y vio en el suelo la carísima botella de coñac francés: era aquél el aroma que había captado su olfato.

—¿Podría echar una ojeada a los billetes que acaba de esconder? —preguntó el policía sin alzar la voz.

—¿Cómo... encima se atreve a exigir que le muestre lo que es mío? —vociferó el desagradable individuo con gesto fiero.

—Mucho me temo que usted no podrá justificar el origen de ese dinero —observó Bordas, mirándole fijamente. Y añadió—: Es más, me atrevería a asegurar que esos billetes son el pago por el encubrimiento de un delito.

Gouffre palideció.

—Louis... —murmuró su mujer con acento suplicante.

—¡Cállate! —le ordenó Gouffre con fiereza—. Este tipo llega

aquí presumiendo de adivino, pero yo sé lo que hay que hacer con la gente de su clase. ¡Lárguese de esta casa, lárguese ahora mismo o le denunciaré, como me llamo Louis Gouffre!

—Haga lo que quiera. Entretanto, voy a echar una ojeada a la caseta del ascensor. Le aviso, Gouffre: no intente huir ni deshacerse del dinero. Sería inútil —advirtió el policía.

Adèle se retorció las manos, presa de la angustia.

—¿Por qué no le dices la verdad ahora, Louis? —rogó—. No vale la pena que por un puñado de francos nos veamos en dificultades. ¡Díselo!

Gouffre la miró, colérico.

—¡Idiota, más que idiota! ¡Para una vez que cogemos un buen pellizco, lo echas todo a perder!

Roland se acercó a la mujer.

—Señora Gouffre, usted parece una mujer razonable. Será mejor que me diga la verdad aunque... la conozco a medias. ¿Me equivoco al suponer que alguien manipuló en el ascensor? —susurró.

—Sí, inspector. Yo me había levantado a calentar un poco de leche para Louis y... le vi. El hombre acababa de cortar el candado con unas grandes tijeras. Permaneció unos minutos en el interior de la caseta. Por desgracia, yo estaba observándole como hipnotizada y él me vio al girarse. Entró aquí, me puso una enorme pistola bajo la nariz y me dijo que debía olvidar lo que había visto. Registró la casa y sorprendió a Louis en la cama. Mi marido le pidió dinero a cambio de nuestro silencio y él le arrojó un puñado de billetes grandes a la cara. Nos advirtió que si hablábamos volvería y nos mataría —confesó la mujer.

Luego su marido le había enviado a comprar cigarrillos caros y coñac de elevado precio. Pero había visto la sangre de Guy Bordas en el vestíbulo y se echó a temblar de remordimientos.

—¿Qué nos pasará ahora? —preguntó la mujer aterrada.

—La ley dice que los encubridores de un criminal son reos de delito y deben ir a prisión. Pero... yo no voy a decir nada, a menos que su marido experimente la tentación de ganar más dinero. Por su bien, procure que no salga de aquí ni se comunique con nadie. En cualquier caso, cuento con su testimonio.

—Desde luego, inspector. Cuente con ello.

—Ahora; descríbame al individuo que manipuló en el ascensor

—ordenó Roland.

—Era fornido, moreno, con bigote muy negro. Vestía un gabán de gran precio... Un gabán de piel —respondió la mujer.

La descripción coincidía claramente con la del hombre que había abordado a Vigot en el taller de Fouchet. El mismo que posteriormente había Seguido a Roland en la rue Bartres.

CAPÍTULO IX

—Acertó, inspector. Ese hombre está fichado. Se llama Allain Longmaire y, como ve, su ficha es abultada: arrestos por malos tratos, condena por «protección», homicidio frustrado... Es un individuo peligroso. Tenga cuidado: se suporta que siempre va armado.

Bordas obtuvo una fotocopia de la ficha del hombre del gabán de piel y abandonó las instalaciones del fichero central de la policía.

Acababa de llamar por teléfono al Hospital Du Midi. Su padre había sido operado con éxito, y ahora se encontraba en la sección de reanimación. No podría verle hasta el día siguiente, como mucho.

Decidió visitar a
Rose-Ann.

Su esposa le abrazó prietamente cuando él la besó y murmuró a su oído:

—¡Mi pobre Roland! ¡Qué desmejorado estás! Te veo tan pálido...

—No es nada: simple falta de descanso. Y tú, ¿cómo vas?

—No acabo de sentirme bien. El doctor Durand me ha dicho que me operará si no me recupero en pocos días.

Roland permaneció junto a su esposa mientras ésta tomaba su almuerzo. Después la besó afectuosamente y se despidió.

Fue a almorzar al Bistrot Camèlie. Pidió una sopa caliente, un ragout, verduras, vino y, finalmente, una café y un coñac. Se tomó un par de píldoras y encendió un cigarrillo.

Con los ojos entornados, repasó los últimos acontecimientos para poner en orden el cúmulo de datos que se habían ido amontonando en su cerebro.

Guy - Vigot - Carone - Pellegrin - Allain Longmaire (cuya orden de busca y captura se había distribuido ya a la policía).

—Me gustaría saber qué relación tiene Carone con mi padre — pensó.

¿Relación? Sólo una era posible: el robo en la factoría de Farcy-Forest & Cié.

Pensando en ello, Roland se sintió más animado... ¿Por qué no hacer una visita a Crencey...?

Muy cerca de la entrada del local, un hombrecillo trataba de pasar desapercibido. Asombrado, Roland reconoció a Eugene Vigot, que un instante después ganaba la salida y desaparecía.

Un comportamiento insólito. O mejor dicho, sospechoso. Lo más lógico hubiera sido que Eugene se acercase para interesarse por Guy Bordas. Y, sin embargo, había tratado de pasar desapercibido a los ojos de Roland. ¿Por qué...?

Sintió la tentación de seguirle, pero rechazó la idea. Quería obrar metódicamente y ahora se había propuesto dirigirse a Crencey para entrevistarse con el director de Farcy-Forest.

Pagó su cuenta y salió. Una hora después se encontraba ~en el despacho de Marcel Tacheux, un agradable caballero de unos cuarenta y cinco años.

—Sí, recuerdo el caso. Por entonces yo era un simple contable... ¿El director de entonces? Déjeme consultar el archivo —Tacheux volvió poco después con una ficha en la mano—. Era *monsieur* Luden Witard, un hombre muy joven, de 38 años, Por cierto, se despidió poco después. Exigió un sueldo exorbitante, que la Junta de Consejeros denegó. Y se marchó. ¿Quiere echar una ojeada a la ficha?

Roland la tomó en sus manos. Leyó los datos profesionales de Witard y luego memorizó algunos de los datos personales. Por ejemplo, el nombre de su esposa, Jacqueline, y el domicilio, 42 del Promenade Du Courier. Tras lo cual dio las gracias al amable Marcel Tacheux y se marchó.

A las seis de la tarde, cuando comenzaba a nevar, se detuvo en el elegante Promenade Du Courier.

—¿*Madame* Witard?

La mujer era muy atractiva, aunque sus cabellos negros comenzaban a platear en algunas hebras aisladas.

—Sí. Soy yo. O mejor, no. Lucien y yo nos separamos de común acuerdo hace... trece o catorce años. ¿Quiere pasar?

Era fina y elegante la señora Witard. Bueno, ya no era la señora Witard, al menos *de facto*, según pensó Roland.

Una casa elegante y discreta, en una zona residencial de chalets adosados, un aroma agradable en el ambiente, muebles que, sin ser lujosos, revelaban indiscutible buen gusto.

Un jerez, un cigarrillo. Jacqueline vestía con descuidada elegancia. No, no debía sobrarle el dinero, según pudo observar el inspector Bordas, aunque ella sabía guardar las apariencias con grandes dosis de femenina habilidad y... discreción. Jacqueline Witard era muy agradable, aunque en sus finas facciones había un fruncimiento de triste resignación.

—Por entonces, Lucien manejaba mucho dinero. Nunca pude explicármelo, inspector Bordas —tenía unos pómulos preciosos, como melocotones en sazón—. Aunque siempre sospeché que su prosperidad no tenía un origen confesable.

—Siga, por favor —pidió Roland. Y dio un sorbo a su copa de delicioso jerez. (Probablemente, la botella era la última. Pues Roland no había visto otras en el pequeño bar, situado en un rincón del salón).

—Él se encontraba con graves dificultades económicas. Era mujeriego, ¡muy voluble! Tuve pruebas de su infidelidad muy pronto —los bellos ojos de Jacqueline Witard destellaron—. Pero finalmente me resigné. Confieso que no le amaba. Nos casamos tras un encuentro casual en una fiesta... Pronto supe que no poseía madurez ni capacidad para el matrimonio: trasnochaba, constantemente daba disculpas estúpidas. Enseguida averigüé que cada noche asistía a una partida de póquer en La Fíame D'Or, un garito disfrazado de club nocturno. ¡Dios mío! —sollozó—. Le espíe muchas noches, ocultándome en los callejones, celosa y frustrada... Nuestra economía era lamentable, aunque él ocupase un alto cargo ejecutivo. Una noche me dijo que debía más de tres millones de francos: deudas de juego.

—¿Tenía algún amigo, una amistad en particular? —preguntó Roland, amable.

—El dueño de La Fíame D'Or. Se llamaba Carone —respondió Jacqueline Witard—. Le trajo una noche a casa. Carone me ofendió. Y le expulsé violentamente de mi casa. Pero Lucien se marchó con él. Le siguió como un perro... Trataba de contentarle, se arrastraba

a sus pies. Y luego, pocos días después, me anunció que todos sus problemas habían terminado. Tenía dinero abundante, me lo mostró fachendosamente. Y se marchó... sin entregarme una cantidad discreta para atender a los más perentorios gastos de casa.

Jacqueline Witard ocultó el rostro entre las manos, avergonzada.

—Vendí algunas pequeñas joyas personales y me marché —prosiguió tras una larga pausa—. Estuve tres meses viviendo con mis padres. Al cabo, planteé la separación, el divorcio, lo que fuera. Lucien no apareció y el juez me autorizó a vivir en esta casa, que ahora es mía. Jamás volví a verle.

—¿No tiene idea de dónde pueda encontrarse ahora? —preguntó el policía.

—No. Él había emprendido un camino peligroso. Era evidente que nunca me amó ni demostró el menor respeto por su esposa. ¿Qué podía yo hacer? Es cuanto a Lucien... No sé. Es posible que haya muerto. O que se marchase a América O, a Australia. La verdad, lo digo sinceramente, es que no me importa. Soy licenciada en Filosofía y Letras; obtuve un empleo de profesora en un centro de enseñanza privada, y vivo de mi sueldo. ¿Puedo ayudarle en algo más, *monsieur*?

Roland salió a la calle. Seguía nevando.

«Debo ser un alma de Dios —pensó, sarcástico—. Siempre hago míos los problemas de los demás. Alais, parbleu! Me ha impresionado la tristeza y la soledad de esa pobre, aunque bella mujer».

Puso el coche en marcha. Se había depositado tal cantidad de nieve sobre el cristal, que Roland tuvo que tapiarlo a manotazos antes de que los limpiaparabrisas se decidieran a funcionar.

Cuando arrancó, su cerebro funcionaba a pleno rendimiento.

—Lucien Witard, director de Farcy-Forest, estaba atrapado: debía una importante cantidad a Jean Carone, propietario de La Fíame D'Or. ¿Y a qué nos lleva esta simple reflexión?

Sencillamente, tanto Carone como Witard eran dos granujas. De ahí a imaginar que se habían valido de Guy Bordas y otros dos maleantes para despojar la caja de la factoría, sólo mediaba el sentido común.

—Sí. Witard distrajo de la cámara acorazada ciento ochenta millones de francos —aminoró la marcha para dejar pasar una

ambulancia—. Dejó veinte millones y encargó a Guy, Emile y Bertrand el «trabajo». La denuncia ante la Central D'Assurances era por doscientos millones... que la aseguradora pagó religiosamente, tras una larga comprobación contable. Emile y Bertrand desaparecen y... Guy Bordas es detenido y condenado a veinte años de reclusión. ¡Una jugada maestra...!

Imaginó a su padre, tendido en una cama de la UVI, con las entrañas recién cosidas, y una pierna y un brazo enyesados. Guy Bordas, que se había salvado por milagro de un atentado criminal, utilizado como cabeza de turco en aquel enmarañado embrollo que sólo había beneficiado a Jean Carone y a Lucien Witard. O quizá sólo a Carone, puesto que Lucien Witard no había vuelto a dar señales de vida.

Un autobús urbano avanzaba temerariamente por el centro de la calzada y Roland se vio obligado a hacer un giro a la derecha para evitar la colisión.

Masculló una maldición. Y sintió la impotencia como una pesada placa de plomo sobre el pecho. ¿Qué podía hacer él, aunque estuviera de parte de la ley, de la estricta justicia...?

Rose-Ann a punto de ser operada, su padre en una sección de la UVI, la pequeña y encantadora Annie enferma y... Jean Carone gozando de la prosperidad que el inteligente golpe amañado con Witard le había proporcionado. ¿Qué se podía hacer con Carone, rey del hampa?

—Nada —se respondió a sí mismo, con una mueca rabiosa—. Dispone de dinero suficiente para contratar abogados tan prestigiosos como Herbert D'Aboy y su gabinete de leguleyos sin escrúpulos. ¡Nada! No hay nada que hacer.

Sí, el dinero valía para triunfar. ¿No lo utilizaba Carone para establecer su propia ley?

CAPÍTULO X

Hotel Mont-Clair. Categoría: cinco estrellas.

Imponente portero de uniforme impecable y afeitado reciente, vestíbulo lujoso y brillante, temperatura ideal, ambiente elegante y discreto, personalidades conocidas en el *hall*: algunos actores, incipientes actrices que comenzaban su carrera calentando los lechos de los potentados.

Un precioso reloj Patek-Phillip señalaba las siete de la noche. Un grupo de jóvenes «botones» aguardaba disciplinadamente las órdenes del recepcionista.

—¿*Monsieur* Carone...? Soy Roland Bordas. ¿Puede anunciar al señor Carone mi visita?

El recepcionista le examinó lentamente, entre despectivo y curioso. Desde los húmedos zapatos hasta los negros cabellos salpicados de copos de nieve.

—Aguarde, por favor.

Una rápida consulta a través de los hilos telefónicos, una actitud atenta y —¿por qué no decirlo?—, servil por parte del recepcionista. Y enseguida una sonrisa suntuosa.

—Puede subir, *monsieur*. Ascensor B, planta octava, ala Este. Le estarán esperando.

«Le estarán esperando». Nunca mejor dicho: una alta, elegante y bellísima mujer de unos veinticinco años esperaba en el fastuoso pasillo del ala Este de la planta octava.

—¿Bordas, no es cierto? Sígame, por favor.

A su pesar, la atención de Roland quedó prendida en el insinuante movimiento de caderas de la hermosa hembra. Su mirada descendió y admiró el soberbio par de pantorrillas embutidas en finas medias color humo.

Lujo, lujo, lujo... por todas partes. Desde la moqueta de lana del piso a los pendientes de rubíes de la mujer que le precedía. Luego

una ancha puerta de nogal, un vestíbulo inmenso en el que los pasos enmudecían y el olfato captaba un tenue y distinguido perfume. Y el inmenso salón donde Jean Carone le aguardaba.

Roland dirigió una desconfiada mirada a su alrededor: una puerta detrás de Carone, otra a la derecha, un amplísimo ventanal velado por cortinas azules... Nada peligroso a la vista.

—Siéntese, señor Bordas —invitó amablemente el *gangster*—. ¿A qué debo su visita? Pero no tenga prisa... ¿Le apetece beber algo, un *whisky* quizá?

Antes de que Bordas hubiera entreabierto los labios, la deliciosa mujer que le había recibido le ofreció una bandeja. Una botella de Chivas Régal, una vasija de plata que contenía cubitos de hielo, un largo vaso de Sèvres...

Pero el inspector Bordas no había venido a probar el *whisky* de Jean Carone. Rehusó la invitación con un ademán expresivo. Pero Carone sonreía, cordial. Y también la bellísima e insinuante mujer que acababa de sentarse en un sillón próximo, cruzando las envidiables piernas.

—Es Monique, mi secretaria. Bien, señor Bordas: le escucho —dijo Carone.

—No tengo mucho que decir —a pesar de todo, Roland había meditado mucho aquellas frases—. Sé que usted pagó a un individuo llamado Allain Longmaire para que matara a mi padre, Guy Bordas —Carone enarcó una ceja en un gesto de fingido asombro—. Mi padre no ha muerto, por fortuna. Y usted tiene los días contados, señor Carone. ¡No me interrumpa! Quiero recordarle una vieja historia: el *affaire* de Farcy-Forest —se produjo un leve fruncimiento en los labios de Carone—, veo que lo recuerda. Pues bien: sé muchas cosas acerca de usted, de Lucien Witard, doscientos millones de francos viejos y tres hombres de paja, uno de los cuales era mi padre, Guy Bordas...

El mismo Roland estaba asombrado de su osadía. Pero se había propuesto llegar hasta el final y sabía que nada ni nadie le detendría ahora.

—Por desgracia, no dispongo de pruebas, señor Carone. Pero las obtendré. Encontraré a su socio, Lucien Mitard y... tal vez cuente incluso con el testimonio de mi padre. Usted ha querido matarle y yo me he propuesto hundirle a usted. ¡Y lo conseguiré...!

Calló. Durante la pausa, Monique encendió tranquilamente un cigarrillo. Luego se volvió a mirar a su jefe.

Carone se puso en pie. En sus delgados labios había una sonrisa de compasión. ¿Quién más comprensivo que él, quién más piadoso...?

—Querido señor Bordas, está usted lamentablemente equivocado —todo en su actitud destilaba cordialidad—. Alguien ha debido informarle mal. Le aseguro que no conozco a su padre y a ese tal... ¿cómo dijo? Bitard ¿o Witard? Créame que lamento este error, pero le disculpo. Parece encontrarse usted bajo el peso de una terrible tensión. ¿Por qué no acepta mi invitación?

Roland le miró con frialdad.

—Sabe fingir muy bien, Carone. Volveremos a vernos —respondió impaciente, Y se dirigió a la puerta.

Más allá, Carone, suntuoso, exclamó:

—Monique, por favor, acompaña al señor Bordas.

Pero cuando Monique volvió y la puerta corredera se cerró, murmuró, dominado por la ira:

—¡Maudit cochon! ¡Vite! Avisa a los muchachos, Monique.

Vigot descendió a saltitos la escalera que conducía al sótano. Se detuvo abajo, sorprendido, al advertir que sólo brillaba una débil bombilla. Más allá estaban las impresoras de *off-set*, la guillotina y las grandes pilas de cartulina y papel, pero no había un ser humano a la vista.

—¡Loló! —llamó—. ¿Estás ahí?

Avanzó unos pasos, vacilante. Y de repente, algo silbó a su espalda y se aferró a su garganta, derribándole de espaldas. Al tremendo impacto contra el piso de hormigón sintió que su respiración se cortaba.

Pero inmediatamente un latigazo le cruzó el rostro ardientemente y le obligó a aullar de puro dolor. (Instintivamente palpó su pecho con la mano derecha y sus dedos se mancharon de su propia sangre, tibia).

El dogal le mantuvo en el suelo, mientras el látigo le perseguía implacablemente. Los gritos del infeliz Vigot hubieran ablandado a las piedras pero los dos hombres que le martirizaban no prestaban la menor atención a sus alaridos estridentes.

Poco a poco, el rebenque fue destrozando las ropas del

hombrecillo, que salían despedidas alrededor impregnadas de sangre. Cuando Vigot dejó de chillar, sus dos verdugos se inclinaron sobre él.

—No se mueve. Yo diría que está muerto, Loló.

—No seas estúpido, Lou. Nadie muere por unas docenas de latigazos. ¡Trae un cubo de agua!

Eugene Vigot, apodado Money abrió los ojos lentamente cuando el agua helada diluyó los cuajarones de sangre que le cubrían pecho y rostro.

—¡Loló, por amor de Dios! —gimió, suplicante—. ¿Por qué... por qué...?

El corpulento Loló le golpeó con saña a patadas. Vigot gimió sordamente, pero el salvaje continuó golpeándole el pecho hasta que de los labios del hombrecillo comenzó a brotar una espuma rojiza.

—Mon Dieu! —exclamó Lou, aterrado—. Creo... creo que le has hundido el pecho a patadas, Loló. ¡Esa sangre espumosa que asoma por sus labios...!

Loló soltó una risotada. Largó una última patada al flácido pecho del caído y volvió a reír.

—Tienes razón, está agonizando —con la mayor sangre fría, exclamó—: Él se lo buscó. Nos traicionó, ¿lo entiendes, Lou? ¿Viste al tipo que estuvo merodeando por aquí esta mañana? Money se fue de la lengua. Posiblemente, cedió a las presiones de ese policía, Bordas —se pasó nerviosamente una mano ensangrentada por los labios—. Mejor es así, pues ya tenemos lo que necesitábamos de él. Las planchas. El jefe se sentirá satisfecho: nos hemos deshecho de un testigo peligroso... ¿Qué es eso, Lou, empiezas a ablandarte? Vamos, estúpido, ayúdame a sacar el cuerpo de Vigot de aquí. Tenemos que damos prisa. Por si acaso, será mejor desmontar las máquinas y vaciar el sótano. ¡Nunca se sabe...!

Lou se inclinó sobre el débil cuerpecillo de Eugene Vigot, que acababa de expirar con un suspiro imperceptible. Quiso asirle bajo las axilas pero sus manos se mancharon de sangre tibia y se retiró aterrado.

Un momento después se retiraba unos pasos y se ponía a vomitar en un rincón.

Viéndole, Loló se echó a reír a carcajadas.

CAPÍTULO XI

—Altea jacta est —murmuró Roland Bordas cuando abandonó el Hotel Mont-Clair.

En efecto: la suerte estaba echada. Acababa de colocarse la soga al cuello temerariamente. Ahora Jean Carone sabía que Roland Bordas era un hombre peligroso, que conocía datos que podían arruinarle. (En realidad, Roland no sabía nada, sólo suponía).

Sin embargo, el efecto sería el mismo: Carone pondría todo su interés y sus numerosos recursos en eliminarle.

¿Cómo lo haría? Roland se distrajo morbosamente en imaginar qué método emplearía el *gangster* para silenciarle.

—No cometerá ningún error —se dijo, al tiempo que se introducía en su coche—. Procurará encontrar un modo de que mi muerte parezca accidental.

Condujo a velocidad moderada. Y se preguntó si no había ido demasiado lejos. ¿Era lícito que un hombre con responsabilidades, como él, se expusiera a morir estúpidamente...?

Rose-Ann,

Annie, Caroline, su padre... Todos dependían (de un modo u otro) de Roland Bordas.

Se había precipitado, en efecto. Lo había hecho todo a la desesperada, quizá exasperado al considerar que Carone pudiera escapar a la justicia impunemente.

Pero ahora los temores se apoderaban de Roland... ¿Qué sería de los suyos si a él le asesinaban? Indudablemente, su ética profesional no le obligaba a tanto. Se había dejado llevar por la ira y por la rabia.

—Tal vez, Carone tome mis acusaciones como pura baladronada. Es posible que las cosas sigan igual, que no se decida a...

Pero ¿a qué engañarse? Carone era un reptil: frío, sin escrúpulos, carente de moral y de conciencia. Había demostrado poseer

recursos suficientes para apartar de su camino a los que le estorbaban.

Alcanzó la rue Bartres y se detuvo a poca distancia de la comisaría, necesitaba comunicar con el comisario Bardelot, consultarle.

El sargento Meignad le detuvo cuando se dirigía al despacho del comisario.

—Un mensaje para usted, inspector.

Tomó la nota garrapateada por Meignad y la descifró con esfuerzo.

«Aviso para Bordas. Auto-patrulla

Z-27

halló 6,50 a un individuo llamado Vigot, que se interesó por usted. Internado Hospital Plain Morceau».

¿A quién habían internado, a Vigot, herido quizá? Roland se había olvidado del hombrecillo, al que pensaba visitar aquella misma tarde.

—¿Cuándo recibió este mensaje? —preguntó al sargento.

—Hace un momento. Cinco minutos quizá.

Volvió a la calle, olvidándose momentáneamente de su consulta a Bardelot, pues se sentía preocupado por Vigot.

Le costó más de cuarenta minutos alcanzar la Plain Morceau. Cuando aparcaba, una ambulancia penetró en el centro hospitalario haciendo ulular su sirena.

En la sección de urgencias estaban los dos agentes del auto-patrulla

Z-27,

Picard y Frénant.

—Le encontraron unos chiquillos. Estaba parcialmente enterrado en un montón de grava —explicó Ricard—. Creímos que estaba muerto, pero aún vivía.

—Yo creo que le enterraron porque creían que estaba muerto —intervino el agente Frénant—. No creo que dure mucho, inspector. Apenas respiraba. Tenía las ropas destrozadas y manchadas de sangre.

—¿Dónde está? —preguntó Bordas.

—Quirófanos de la segunda planta. Están tratando de

reanimarle, pero...

Subió por la escalera, jadeante y sudoroso, pues la temperatura era muy elevada en el interior del hospital.

Un médico le esperaba en la segunda planta.

—¿Inspector Bordas? ¡Venga, venga! Ese pobre infeliz está agonizando. Sólo ha abierto los labios para pronunciar su nombre.

Le abrieron paso, se aproximó a la mesa de operaciones... Roland notó que le escocían los ojos al contemplar aquel débil cuerpo en carne viva.

—Eugene, estoy aquí: soy Roland Bordas.

Un casi imperceptible estremecimiento en aquel rostro que más parecía una máscara de sangre; luego los párpados se entreabrieron.

—*Monsieur* Bordas...

—¡Sí, soy yo, Eugene! Habla, te escucho —Roland apretó los puños, un cuajaron de sangre brotó de los destrozados labios de Money Vigot.

—Pardon —susurró el moribundo—. Le... traicioné. Él me... obligó. Me amenazó de... muerte.

—¡Sigue! —le apremió Roland, adivinando que Vigot estaba a punto de sumergirse en el mundo de las tinieblas.

—*Passage Veil*... Falsificaciones... Yo... placas... —Brotaron, apenas audibles, las palabras de los ensangrentados labios.

Luego se produjo un leve estremecimiento y los párpados de Eugene Vigot se cerraron.

—¡Eugene! ¡Sigue, despierta, habla! —le animó Roland.

—Acaba de morir, inspector —le atajó un médico—. Es inútil.

Bordas acarició los escasos cabellos manchados en sangre. ¡Pobre Eugene, pobre desgraciado! Inexorablemente había vuelto a caer en las garras del hampa. Y ello le había costado la vida.

—Vamos, vamos, inspector —unas manos enérgicas le apartaron con suavidad—. Ya nada podemos hacer. Por favor, van a retirar el cadáver.

Abandonó el quirófano, tambaleándose como un borracho. Luego sacó un pañuelo, se sonó ruidosamente y encendió un cigarrillo.

—*Passage Veil*, falsificaciones —murmuró. Y corrió hasta alcanzar la centralita del hospital y discutió acabadamente con la operadora hasta que la mujer comprendió que aquel hombre era un

policía y necesitaba telefonar con urgencia.

Habían encontrado el local. Completamente vacío.

—Hay huellas de grasa, manchas de sangre, roces en el suelo, probablemente causados por maquinaria pesada —dijo alguien.

El administrador del moderno edificio declaró que un tal M. Dupont le había alquilado el local como almacén. No, no conocía la dirección de Dupont ni había anotado los datos de su documento de identidad. ¿Para qué, si había pagado tres meses por adelantado, además de la fianza...? El administrador tenía sus documentos en regla, él no era responsable de...

Se comprobaron fechas, se llegó a la conclusión de que en aquel local se habían imprimido miles de documentos. ¿Y qué...? Dupont se había esfumado como voluta de humo en noche de vendaval.

—Váyase a casa, Roland —el comisario Bardelot golpeó suavemente la espalda del inspector Bordas—. Parece muy cansado.

Roland murmuró un desmayado: «*Merci, monsieur. Bon soir*» y abandonó el sótano y se marchó.

Cuando, una hora después, llegó a casa, Caroline salió a su encuentro.

—Annette duerme. Todavía tiene fiebre, pero el doctor Severin la examinó y le puso una inyección. Dijo que le llamásemos urgentemente si la niña empeoraba. Tengo preparada la cena, Roland. Espero que te agrade.

Besó a su cuñada en la mejilla y murmuró:

—¡Bravo, Caroline! Eres la mejor chica que conozco. Sí, dispón la cena cuando quieras.

Entró en el dormitorio de Annie. La niña respiraba con dificultad, pero no quiso despertarla. Salió.

Dirigió una visita de inspección a toda la casa, se cercioró de que los cierres de puertas y ventanas estaban asegurados y luego abrió la puerta principal y encendió la luz del porche.

«Corso» gruñó en las tinieblas, pero se aproximó en cuanto reconoció a Roland, que le acarició la cabeza y le rascó el lomo.

—Vigila con todos los sentidos alerta, amigo mío. Nunca se sabe lo que puede suceder —murmuró. Y volvió a la casa.

Media hora después, Caroline le descubrió profundamente dormido en un sillón junto al fuego y con un vaso de cerveza en la mano.

No tenía mal aspecto, a pesar de todo. Cuando Roland penetró en la habitación número 83, Guy Bordas estaba discutiendo con una enfermera que se empeñaba en hacerle tragar unas píldoras.

De repente, al escuchar pasos alzó la cabeza y descubrió a Roland.

La enfermera dejó el vaso de agua y las píldoras sobre la mesa y se encaró con Roland.

—Quince minutos, ni uno más. Y procure no cansarle demasiado —recomendó.

Roland se acercó al lecho. Sus ojos observaron la escayola que «atrapaba» el brazo y una pierna de su padre y luego le miró fijamente.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, ávido.

Guy carraspeó, tomó las píldoras y se las tragó. Después bebió un sorbo de agua.

—Mucho mejor de lo que era de suponer tras ese desgraciado accidente —respondió—. Me dijeron que viniste a visitarme ayer...

Pero Roland no permitió que la conversación se le escapara.

—No fue un accidente, padre. Fue una maniobra criminal para asesinarte. Lo hizo un hombre llamado Allain Longmaire. ¿Te suena?

El rostro de Guy no cambió de expresión.

—No, no le conozco. Y sigo pensando que fue un accidente. El ascensor...

—La policía buscaba a Longmaire. Le han encontrado de madrugada, en el arcén de una autopista, a menos de cien kilómetros de aquí. Un camión le aplastó. Hubiera sido muy difícil identificarle, de no ser por su ficha policial. Verdaderamente, sólo pudimos identificarle mediante las huellas dactilares. Prácticamente, sus manos fue lo único que encontramos intacto. Y, por favor no me digas que también esto fue un accidente.

—No lo sé. Ya te he dicho que no conocía a ese tal... Longmaire —respondió su padre.

Roland se impacientó.

—Papá, hay alguien que trata de deshacerse de un testigo molesto. El testigo eres tú. Y ya sabes qué persona desearía verte muerto: Jean Carone.

Guy enarcó una ceja. Pero eso fue todo.

—Fui a ver a Carone y le hablé claramente. ¿Te suena Lucien Witard? —Guy siguió inalterable—. Era el director de Farcy-Forest cuando tú cometiste un robo con la ayuda de dos compinches. Witard tenía deudas con Carone. ¿No te suscita esto ninguna idea? —Escrutó las facciones de su padre y añadió—: Yo te diré lo que pienso: Carone impulsó a Witard a distraer una fuerte cantidad de la cámara acorazada de la factoría. Después te encargó a ti el «trabajo» de recoger las migajas. Porque tú sabes que la cantidad que Witard declaró a la policía eran doscientos millones de francos viejos... Te dejaste engañar, papá.

Guy se encolerizó. Hizo un esfuerzo por incorporarse, más no lo consiguió.

—¿Qué te importa a ti todo eso? De mis propios errores, sólo yo soy responsable —exclamó, iracundo—. Déjame en paz, Roland. ¿Es que no voy a poder librarme de tú presencia ni siquiera en la habitación de un hospital?

Roland sonrió.

—No me engañas ya, viejo zorro. Hablé largo y tendido con Eugene Money Vigot —dijo—. Él te conocía bien y se sinceró conmigo. Por desgracia, Money resultó atrapado en las garras de Carone. Ha muerto —Roland explicó sumariamente la muerte de Vigot. Por primera vez, su padre palideció—. Empiezo a comprender la verdad: no eres tan hermético, duro y desagradable como aparentas. En realidad, estás ansioso por arrojarte en mis brazos.

—¡Roland! —gritó su padre exasperado.

—He aquí la verdad: tratas de protegerme. Prefieres sufrir en soledad, para evitar que el lodo de tu pasado pueda salpicarme, a mí y a los míos. Pero ignoras una cosa, papá: yo asumí tu pasado y tus errores desde que mamá me dijo que estabas en la cárcel. Fue piadosa: no me describió tus peligrosas aventuras con detalle, pero me abrió los ojos...

—¡Cállate, Roland! Estás equivocado. Sólo eres un estúpido soñador —le interrumpió Guy.

Roland tenía una media sonrisa en los labios.

—No te engañes, padre. El soñador eres tú. A pesar de que eres un delincuente, observabas un cierto código ético. Confiaste en todos y... todos te traicionaron. Comprendo tu frustración y

agradezco de corazón que te preocupes de mi seguridad...

Hizo una pausa. Tosió... porque se sentía muy emocionado.

—Pero no te alarmes: yo también tengo los colmillos largos y sé defenderme. No soy tan vulnerable como tú imaginas... Si Carone viene a por mí, yo estaré esperándole.

Guy logró incorporarse sobre el codo de su brazo izquierdo.

—¿Estás loco? Carone puede comprar a mil policías o... eliminar silenciosamente a cuantos le molesten —exclamó, abandonando definitivamente su fingida indiferencia—. Tú no conoces bien a ese individuo.

—Pero tú sí —por fin advertía una pizca de interés en su padre—. Tú puedes facilitarme el camino: desenmascara a Carone y lo tendremos en nuestras manos. Sólo tienes que hacer una declaración ante el juez. Lo traeré a esta habitación para escucharte.

Pero Guy Bordas denegó lentamente con la cabeza.

—Ni lo pienses. No soy un delator —exclamó fríamente.

CAPÍTULO XII

Tras el almuerzo, Roland se encaminó al cementerio para asistir al entierro de Eugene Vigot.

Fue el funeral más triste del mundo, pues sólo asistieron al acto los sepultureros, un sacerdote y el propio Bordas. Concluido el acto, volvió a la comisaría.

Había vigilado con especial atención a una furgoneta gris que le había seguido durante una parte del trayecto. ¿O fue mera casualidad? La furgoneta había desaparecido, ya no estaba a la vista.

Pero Roland Bordas vivía en continua tensión desde el día anterior. Sabía que Carone descargaría su golpe en el momento más inopinado. Naturalmente, Bardelot estaba sobre aviso. Si Carone picaba el anzuelo, cometería un error gravísimo que le llevaría a prisión para el resto de sus días.

Naturalmente, Roland podía morir en el intento. Y en el otro mundo, tal vez no le sirviera de consuelo considerar que su muerte había valido para atrapar al *gangster*...

En la comisaría le dieron el recado:

—Una voz de mujer ha insistido en que llame usted urgentemente al
979-44-32.

El

979-44-32

era el teléfono de su casa. Y la persona que le había llamado no podía ser otra que su cuñada Caroline.

—¿Caroline?

—¡Al fin! La niña está peor, Roland. Tiene mucha fiebre y respira con dificultad. ¡Dios mío! ¿Qué podemos hacer?

—¿Llamaste al doctor Severin?

—Sí, hace un par de horas. Me dijeron que Severin había salido

de viaje. Quedaron en enviar a su sustituto pero aún no ha llegado.

—Calma, Caroline. Voy para allá. Yo lo arreglaré.

Roland habló un instante después con el comisario y enseguida abandonó la comisaría.

Se sentía preocupado por la salud de su hijita, pero no descuidó la vigilancia de los vehículos que le cruzaban o adelantaban. Aquella perenne tensión podía destrozarle los nervios si se prolongaba demasiado, pero Bordas había desafiado el riesgo voluntariamente.

Cuando llegó a su casa anocheecía. Roland bajó del coche y oprimió el botón del portero automático.

—Soy yo, Caroline —habló ante el micro—. Ábreme.

Pero la puerta del jardín permaneció cerrada y nadie respondió a su urgente llamada. Insistió, inútilmente.

Buscó su llavero con movimientos torpes y acelerados, logró introducir una llave en la cerradura y empujó la cancela.

La luz del artístico farol que colgaba bajo el porche iluminaba tenuemente el jardín. Más que caminar, Roland galopó sobre la nieve del senderillo. Pero se detuvo, rígido, al descubrir aquel bulto tras la artística rocalla que servía de pedestal a un grupo de cactus.

El corazón le dio un vuelco. Avanzó despacio, con todos los sentidos alerta. Y se inclinó sobre el bulto.

«Corso» estaba muerto. Una tremenda cuchillada le había degollado. Su sangre teñía de rojo la blanca nieve.

El cuerpo del animal estaba tibio aún.

—Mon Dieu! ¿Qué es lo que ha ocurrido? —se preguntó.

Sacó el revólver de su funda pectoral y avanzó despacio hacia el porche.

La puerta estaba abierta, pero en el vestíbulo no lucía ninguna luz. Un impulso ciego le animaba a penetrar en la casa, pero Roland era un policía y se contuvo. Sabía que podían acribillarle impunemente a balazos a la luz del farol.

Rodeó la casa. La nieve crujía quedamente bajo sus botas. Alcanzó la puerta posterior, la que comunicaba con la cocina. Era una resistente puerta de hierro.

Buscó la llave, contuvo el aliento, la introdujo en la cerradura y empujó lentamente. Entró. Percibió enseguida los familiares olores de la cocina. El súbito «pshss» del frigorífico al conectarse

automáticamente le obligó a girar de un brinco.

Expulsó el aire contenido en sus pulmones con un profundo suspiro de alivio. Superado pronto el susto, avanzó pasillo adelante.

Tres minutos después terminaba de registrar la casa: estaba vacía.

Caroline y Annie habían desaparecido. Unas chinelas color rosa —de Annie—, estaban en el vestíbulo, donde Roland descubrió también huellas de zapatos, llenos de lodo.

—Calma —se recomendó a sí mismo—. Seguramente, Annie se agravó y la han llevado al hospital con urgencia.

Bien. Pero ¿y el pobre «Corso» degollado? Roland se convenció: el asunto despedía un clarísimo hedor a atentado criminal.

Resumen: Caroline y Annie acababan de ser secuestradas.

Roland pensó en Annie, enferma, doliente, robada de casa en plena eclosión de la fiebre, maltratada, expuesta a lo desconocido, al frío intenso de la calle. Y en Caroline, excesivamente joven e inexperta, llena de sorpresa, de terror...

Comenzó a sudar copiosamente, dominado por la indignación y por la incertidumbre.

—¡Pequeña Annie, amor mío...! —murmuró.

Pero ¿quién, quién... por qué?

De pronto lo comprendió todo: Carene.

Se había equivocado lamentablemente el inspector Bordas. Había esperado que el objeto de la reacción del *gangster* fuera él mismo. ¿Cómo había sido tan imbécil? De un cerebro tan tortuoso y diabólico como el de Jean Carene era de esperar una jugada más sucia y rastrera.

Corrió hacia el teléfono a través de la penumbra que dominaba la casa. Pero el aparato zumbó antes de que Roland descolgase el auricular.

—¡Diga! —exclamó, iracundo.

—Buenas noches, señor Bordas. Escuche con atención, pues no volveremos a comunicar con usted —pronunció una cuidada voz femenina.

¡Monique! Era Monique, la guapa secretaria de Carone, Roland estaba seguro de no equivocarse. Aquella voz pastosa, lenta, bien modulada...

—¿Me oye, señor Bordas?

—¡Sí, sí, habla! —gritó, impaciente.

—Tranquilícese. Todo irá bien... si se comporta de una forma razonable. Tenemos a su hija en nuestro poder. No tema: la cuidaremos.

—¡Está enferma...! —gimió Roland, fuera de sí—. ¿Cómo se han atrevido a...? ¡Si a la niña le ocurriera algo malo...!

—Nada le ocurrirá si obedece nuestras instrucciones, inspector Bordas.

—¿Qué se proponen?

—Una solución ventajosa para usted y para nosotros. Olvídese del asunto Farcy-Forest y luego, presente su dimisión como policía. Alegue motivos familiares. Y enseguida tome su coche y aléjese hacia el sur unos centenares de kilómetros, no importa hacia dónde. En cualquier momento, nosotros sabremos dónde se encuentra. Si cumple estas instrucciones rigurosamente, mañana, hacia el mediodía, tendrá a su hija con usted.

—¿Y Caroline? Me refiero a mi cuñada. No intentarán...

—Despreocúpese. La hemos puesto en libertad. Digamos que fue un error: sólo nos interesaba su hija. ¿Cuál es su respuesta, inspector Bordas? —La voz de Monique era amable... Se diría que estuvieran acordando una partida de póquer.

Roland meditó un instante. ¿Era válido mentir a unos criminales...?

—De acuerdo, de acuerdo —habló rápidamente—. Haré lo que me piden.

—No intente jugar sucio, señor Bordas. Si lo hace, su hijita...

—Espere, oiga, necesito estar seguro de...

Pero la comunicación se había cortado.

Roland suspiró hondo y... encendió un cigarrillo. Durante los últimos días había controlado el consumo de tabaco, pero ahora más que nunca necesitaba aspirar el humo de un buen cigarrillo negro.

Dio dos nerviosas bocanadas, dirigió una desorientada mirada a su alrededor y se decidió. Cerró la puerta de la cocina, salió e hizo otro tanto con la del porche.

Se aproximó a la rocalla, se inclinó y acarició el cuerpo del perro, que iba enfriándose rápidamente.

—Debiste comportarte como los buenos, «Corso» —murmuró—.

Por eso te mataron —tragó saliva y añadió—: No será fácil olvidarte, buen amigo.

Apretó el frío metal del revólver y caminó hacia la calzada con paso decidido. Dirigió una mirada llena de desconfianza a su alrededor y no vio nada sospechoso.

Con la desesperación en el alma, se introdujo en su coche, puso el motor en marcha y se alejó.

—Ahí está —dijo Carou—. Es Bordas.

Lodain apartó los visillos que protegían los cristales laterales de la furgoneta y avizó, ansioso.

Un hombre alto, de cabellos oscuros, que vestía un chaquetón de cuero y pantalones grises de franela, penetró en un Renault-18. Un momento después el automóvil cruzaba ante ellos.

Carou conectó el radio-transmisor.

—¡Nicasian, Nicasian! ¡Aquí Carou, contesta...! —exclamó.

Se oyeron unos pitidos desagradables y luego una voz aguda resonó en el pequeño altavoz del aparato.

—Sí, sí, te oigo claramente, Carou. Escuchad. He estado viendo lo que hacía Bordas, mientras seguía disimulando mi borrachera. Me han soltado, tras mostrar mis documentos y escuchar un sermón del sargento. Pero no he salido a la calle hasta que Bordas abandonó su despacho de comisaría.

—¿Y bien...?

—Parecía muy nervioso. Ha metido un folio en una máquina de escribir, ha mecanografiado algo durante treinta minutos. Luego ha firmado, ha metido el escrito en un sobre y lo ha entregado al sargento de guardia.

«Haga llegar este sobre al comisario Bardelot», le he escuchado, con toda claridad. Acaba de salir. Aún no hace tres minutos. ¿Qué debo hacer?

—Nada —respondió Carou—. Has cumplido con tu parte. Lárgate.

Cortó la comunicación. Lodain había dado la vuelta al vehículo temerariamente y después de eludir a un taxi que venía en dirección opuesta, apretó el acelerador a fondo en pos del Renault-18.

—¿Qué es lo que va a ocurrir? —preguntó, inquieto—. Me refiero a ese policía. Bordas.

—No tienes que preocuparte de otra cosa que de seguirle

discretamente. No le pierdas, pero tampoco te pegues a él. Es preciso evitar que se dé cuenta de la persecución. ¡Vamos...!

Lodain encendió un cigarrillo rubio. Enseguida advirtió que no era difícil seguir al hombre que conducía el Renault-18: conducía a velocidad moderada y se detenía disciplinadamente ante cada semáforo en rojo, siguiendo siempre la misma dirección sur.

En treinta y cinco minutos habían alcanzado la autopista. Lodain se retrasó entonces dos centenares de metros. El Renault adelantó a un gran tráiler y Lodain apretó el acelerador, temeroso de perderlo. Pero no había cuidado: allí estaba el coche que perseguía, circulando a noventa por hora.

Carou soltó una risotada.

—Todo va sobre ruedas —volvió a reír con su propio chiste—. No tengas prisa, Lodain. No se nos escapará.

Conectó su radio-transmisor, graduó la sintonía y habló.

—Carou y Lodain. Tenemos al pájaro. Estamos a unos cuarenta kilómetros, dirección sur. ¿Instrucciones?

La voz de Monique retumbó en el altavoz.

—Dejadle que se aleje doscientos o trescientos kilómetros. Luego, aprovechad la mejor ocasión y dadle lo suyo. Enterradlo. Sed prudentes: no dejéis huellas ni indicios de ninguna clase.

Carou volvió a reír.

—De acuerdo. Nada más agradable que darle un pasaporte a un jlic^[3] —respondió. Y cortó la comunicación.

Lodain tembló. ¿Un asesinato? Él había sido contratado por Carou para conducir la furgoneta, pero un asesinato. No es que Lodain tuvieran demasiados escrúpulos, pero un crimen era demasiado. Habló de ello a Carou.

—¿Tienes miedo, estúpido? Tranquilo, yo me ocuparé de él. Será un placer. Tú solo tienes que seguirle... De todas formas, no olvides que vas a ganar diez mil, querido Lodain.

Se tranquilizó un tanto. Y se concentró en la tarea de conducir, sin perder de vista un momento los rojos pilotos del Renault-18. Desde luego no se hubiera prestado a ir con el maligno Carou de no ser porque le habían mirado el carnet de conducir un par de meses antes. Una borrachera. La empresa de transportes por carretera le había despedido. Una cerdada, pero...

De noche, la carretera se tornaba monótona, interminable, pero

Lodain tenía los ojos bien abiertos. Detrás de él, Carou había abierto una botella de coñac, de la que bebía constantemente. El licor comenzaba a hacerle efecto. Sus ojos brillaban como dos ascuas, sus manos sarmentosas se convertían en garras: seguramente gozaba por anticipado imaginando que empuñaba la Baretta y llenaba a Bordas el estómago de ardiente plomo.

Hacia las once y media de la noche, brilló en la lejana oscuridad el intermitente derecho del Renault-18.

—¡Va a detenerse en un motel de carretera! —anunció Lodain.

—Mejor. ¿Qué distancia hemos recorrido? —preguntó Carou, avieso.

—Doscientos ochenta kilómetros —respondió el conductor, tras dirigir una rápida mirada al cuentakilómetros.

—¡Perfecto! Ahí tenemos nuestra primera oportunidad. ¡Desvíate!

La furgoneta abandonó el firme de la carretera y rodó sobre la nieve de la explanada. Carou advirtió que sólo había dos camiones grandes y el coche de Bordas. Y se frotó las manos, satisfecho, cuando bajaron del vehículo y se dirigieron al bar.

El hombre del chaquetón de cuero estaba de espaldas. Bebía un café y, de cuando en cuando, probaba un sorbo de coñac de la copa que mantenía en su mano derecha.

Lodain y Carou ocuparon un lugar en el otro extremo de la barra y pidieron coñac. Además de Bordas y del adormilado barman, sólo estaban ellos dos y un par de rudos camioneros que jugaban a los dados.

En aquel momento, el alto individuo del chaquetón de cuero se separó de la barra y caminó hacia el pasillo señalado con el rótulo:

«SERVICIOS»

Carou se puso en guardia. Era la ocasión que esperaba. Quizá nunca se le ofreciese una oportunidad tan perfecta para desembarazarse de Roland Bordas.

—Espérame —susurró a Lodain—. No te distraigas. Debes estar atento a salir pitando, si las cosas se ponen mal.

Se alejó canturreando hacia el pasillo. En cuanto estuvo fuera de la vista de las personas que permanecían en la barra, recorrió la cremallera de su anorak y sacó la pistola. Sin dejar de silbar

quedamente, ajustó el tubo silenciador al cañón y avanzó despacio.

Bordas había dejado entreabierta la puerta del servicio de caballeros. Bruscamente, Carou empujó la puerta de una patada y comenzó a disparar.

Su gesto de asombro fue elocuente al descubrir que el servicio... estaba vacío. Ya se volvía cuando el canon de un revólver le acarició desagradablemente el cogote.

—Quieto, Carou —dijo alguien—. Deja caer la pistola.

Pero Carou no era hombre que se rindiese sin más. Temerariamente, giró y apretó el gatillo. El cañón de un revólver le golpeó contundentemente en la frente, antes de que se produjera el disparo.

Carou retrocedió de espaldas con una tremenda brecha entre las cejas. Antes de perder el conocimiento, advirtió, pasmado de asombro, que el alto individuo del chaquetón de cuero y los pantalones de franela... no era Roland Bordas.

CAPÍTULO XIII

—La han drogado —dijo el inspector Rangeur.

Roland contempló a Caroline, conmisericordiamente. La pobre muchacha había sido hallada de madrugada en una galería del metro. Un tren suburbano se había visto obligado a frenar en seco, a punto de atropellarla.

Pálida, con los ojos en blanco, Caroline deliraba.

Roland rechinó los dientes.

Era imposible interrogar a Caroline. Nada sacarían en claro. El médico que la atendía lo había dicho:

—Por fortuna, está fuera de peligro. Pero pasarán muchas horas antes de que recupere la consciencia. Hasta entonces...

¿Y Annie? Bordas se estremecía de pavor cada vez que pensaba en su hijita, en poder de unos desalmados, enferma y febril, expuesta a mil peligros, necesitada de asistencia médica.

De repente, echó a andar decidido. No había tiempo para la duda, ahora se imponía tomar una decisión. Estaba íntimamente seguro de que Jean Carone era el culpable de sus desdichas. Cierto que suponía una temeridad, pero Roland estaba dispuesto a entrevistarse con Carone. A vida o muerte, a la desesperada.

Rangeur le apresó por un brazo.

—¡Roland! ¿Qué te propones?

—Voy a ver a Carone —respondió con voz helada.

Y se desasíó violentamente. Rangeur le siguió a la carrera.

—¡Está bien, está bien! —habló atropelladamente—. Estoy seguro de que, en estas circunstancias, no lograría convencerte de que lo que vas a hacer es una locura. De acuerdo, te acompañaré.

Nadie hubiera reconocido a Roland Bordas en aquel individuo ataviado con una vieja cazadora, un pantalón vaquero y botas de alta caña. Se había calado hasta las cejas una gorra montañera de visera, gafas oscuras y una barba rojiza que le desfiguraba por

completo.

Subieron ambos al coche de Rangeur y se alejaron.

—¡Más aprisa, más aprisa! —gritaba Roland, exasperado.

A

Rose-Ann

acababan de operarla de apendicitis. La inflamación se había agravado de tal forma que la apendicetomía se hizo imprescindible.

Pero

Rose-Ann

no sabía aún que Annie había sido secuestrada. ¿Cuál sería su reacción cuando, ineludiblemente, conociera la noticia...?

Lágrimas ardientes rodaron por las mejillas del inspector Bordas. Lágrimas de coraje, de temor, de pura impotencia.

—Vamos, Roland, hemos llegado —hubo de decirle el inspector Rangeur.

Amanecía. No nevaba ahora. Pero el cierzo soplaba inclemente, amoratando rostros y manos expuestos a la intemperie.

Saltó los peldaños del acceso de cuatro en cuatro. Rangeur le siguió a la carrera. Aun así, cuando penetró en el fastuoso *hall*, Roland tomaba ya el ascensor.

—¡Espera...!

El aparato se puso en marcha. Lo poco que Rangeur podía ver del rostro de su camarada tenía un color terroso muy desagradable.

—¿Qué ocurre...?

—El conserje dice que Carone y los suyos se marcharon a primeras horas de la madrugada. Han cancelado la reserva de sus habitaciones. Nadie sabe adónde ha ido, pero yo voy a comprobar que no me engañan.

No le habían mentido. Las lujosas «suites» reservadas por Carone estaban vacías. Aunque registraron con urgencia todos los muebles, no encontraron el menor documento ni dato interesante alguno.

Bordas pronunció una maldición entre dientes y se dirigió al ascensor.

Ahora sólo tenía una esperanza, antes de que la inocente Annie apareciera muerta en cualquier descampado o en una cloaca.

Y esa esperanza se llamaba Guy Bordas. Él sabía muchas cosas acerca de Carone, él podía ayudarle. ¿Iba a negarse a hablar... también ahora?

Se oyó la larga llamada de un claxon, varias veces repetida.

—¡Frena, Michel! —ordenó Carone.

El vehículo redujo la velocidad y se apartó al arcén. Un momento después sonaban unos golpes atrás. Una señal convenida.

—Abre, Monique —indicó el *gangster* a su secretaria.

Un hombre muy moreno, de rasgos italianos, ascendió al vehículo.

—¿Qué...? —Gruñó Carone, impaciente.

—Ni rastro de Lodain y Carou. Hemos recorrido minuciosamente la ruta, nos hemos detenido en todos los paradores y moteles, pero nadie ha visto a los dos hombres; tampoco hemos hallado la furgoneta —respondió el recién llegado.

—¿Estás seguro, Guido?

—Sí, señor Carone.

—En tal caso... —Los músculos faciales de Carone se contrajeron hasta formar una máscara de impresionante malignidad —. Llevad a la niña al cementerio del Père Lachaise. Ya sabéis lo que tenéis que hacer, Guido.

—Sí, señor Carone —asintió el italiano, indiferente.

Monique tembló. Había asistido como testigo a hechos de indescriptible crueldad, pero las cosas iban demasiado lejos.

—¿Quiere... quiere decir que van a asesinar a la niña? —Logró pronunciar. Y enseguida se arrepintió de su osadía.

Carone sonrió sin ganas.

—Se trata de mi seguridad, querida Monique. Desaparecida esa niña, nada tengo que temer, aunque Lodain y Carou hayan sido detenidos por la policía, ¿comprendes? —respondió.

Monique no dijo nada. Se sentía absolutamente incapaz de articular un vocablo.

—Por otra parte, Bordas no cumplió con su acuerdo —gruñó Carone—. ¡Me ha traicionado...!

¿Cómo podía ser tan hipócrita? ¿Había pensado Carone, siquiera por un momento, cumplir con la palabra dada? Monique sabía que no: ella estaba presente cuando el *gangster* dio instrucciones a Carou: había que eliminar al inspector Bordas.

Por primera vez, Monique comprendió la verdad: el hombre que la cubría de lujo y dinero a cambio de sus cuidados era un verdadero monstruo.

Ocho de la mañana.

Rangeur y Bordas acababan de tropezarse en la escalinata de acceso al hospital Du Midi con el comisario Bardelot y sus hombres. También ellos tenían cara de fatiga: todos habían permanecido en vela largas horas.

—¿Qué hacen aquí...? —preguntó Roland, sorprendido.

Bardelot carraspeó.

—Me temo, Roland, que he cometido una indiscreción. Llamé por teléfono a su padre, hace un par de horas. Apelé a su amor filial, le presioné... Quería que nos ayudase a encontrar a Annie. Cortó la comunicación bruscamente. Al fin, me decidí a venir en persona. Hace poco más de media hora que consiguió fugarse —explicó el comisario con voz grave.

—¿Fugarse, mi padre? —preguntó Bordas, atónito—. ¿Acaso no sabe que eso es imposible? ¿Con una pierna y un brazo escayolados, operado de lesiones interiores hace poco más de dos semanas...?

—Sí, a pesar de ello. Su padre debe ser un hombre muy resistente y vigoroso, además de sumamente hábil. Poco después de que yo hablase con él por teléfono, hizo venir al médico de guardia a su habitación. Le puso fuera de combate con un solo golpe de su brazo escayolado, le desnudó y se vistió con sus ropas. Después abandonó la habitación... A esas horas, las enfermeras y vigilantes se descuidan un tanto. El caso es que logró alcanzar el vestíbulo y desapareció. Al parecer tomó un taxi.

Roland se arrancó la barba rojiza de un violento tirón.

—¡Dios mío...! ¡Ese tozudo «viejo»...! ¿Será posible que...? —barbotó, demudado.

—Cálmese —Bardelot puso una mano sobre su hombro—. Di instrucciones a la policía de Burdeos: Carou y Lodain están llegando a la ciudad. Vayamos a comisaria. Como me llamo Bardelot que ese par de granujas hablarán de corrido.

—¡Ahí está! —exclamó el taxista—. Un capitoné Mercedes, color rojo, matrícula...

—No se esfuerce —observó Guy Bordas—. Tengo buena vista. Ése es el capitoné que buscábamos.

—¿Qué debo hacer, señor? Es un sitio peligroso. La niebla es muy espesa.

—No se preocupe. Todo irá bien. Adelántele y colóquese ante él.

Luego haga sonar el claxon de esta forma: tres toques largos y otros tantos cortos. Ya le dije que no se arrepentirá. Le pagaré bien.

—Vamos allá —respondió el conductor, animado. Fácilmente adelantó al capitoné y volvió a su derecha. Inmediatamente ejecutó la llamada con el claxon como su cliente le había indicado.

—El capitoné pierde velocidad, señor —avisó el taxista—. ¡Se detiene!

—Haga usted lo mismo —ordenó Bordas. Y el taxi frenó suavemente y se detuvo sobre el nevado arcén—. Ayúdeme a bajar. Así... Espere. Si el capitoné se pone en marcha cuando yo esté dentro, síganos. ¿De acuerdo?

—Bien.

Caminando muy lentamente, Guy avanzó sobre la nieve. Contorneó el capitoné y golpeó la puerta trasera, que se abrió segundos después.

—Ayúdale a subir, Monique —ordenó Carone—. Así que el viejo Guy Bordas aún ha tenido agallas para venir a verme...

Guy jadeó con dificultad. Miró fijamente al hombre que ocupaba un cómodo sillón en el vehículo lujosamente tapizado y amueblado y se afianzó con fuerza sobre el piso forrado de moqueta.

—No has cambiado mucho, Jean —habló con voz concentrada—. Excepto para convertirte en una sanguijuela. Quise olvidar que me engañaste y me estafaste. Lo hice por mi hijo, un hombre decente. Pero tú estabas lleno de pánico, temías que yo hablase... Intentaste asesinarme y no lo conseguiste por poco. Pero ahora es distinto: has secuestrado a una criatura. Conociéndote, sé lo que puede esperarse de ti. Carone, he venido a matarte y juro que lo haré aunque sea el último acto de mi vida.

—No seas estúpido —Carone rió, despectivo—. ¿Qué puede hacer un hombre tullido como tú?

Bordas señaló al *gangster* con su escayolado brazo extendido.

—¿No recuerdas los viejos tiempos, Jean? Un brazo escayolado sirve muy bien para... ocultar un revólver.

Carone palideció. El «viejo» Guy guardaba ases en la manga.

—Está bien, siéntate, hablemos. Estoy dispuesto a negociar —dijo.

Bordas se dejó caer sobre su asiento, exhausto. En verdad, el esfuerzo había sido excesivo para él. Mientras jadeaba, tratando de

recuperar la respiración, Carone oprimió un botón oculto bajo el panel de la mesa plegable.

A espaldas de Bordas se abrió una puerta. Roger, el conductor del capitoné, avanzó dos pasos con una llave inglesa en la mano y la dejó caer sobre el cráneo de Guy Bordas.

Un gemido apenas y su cabeza, chorreando sangre cayó, exánime, sobre el pecho. Viéndole así, Carone soltó una sarcástica carcajada.

—Viejo y estúpido tiburón. ¡Soy yo el que tiene los ases en la manga! —exclamó, satisfecho.

—Es un capitoné, Mercedes, color rojo, matrícula... —confesó Carou por fin, vencido tras el largo y acuciante interrogatorio.

—¡Sigue! —gritó Roland.

—Aunque parece un vehículo de mudanzas, se trata de un camión acorazado, que dispone de aire acondicionado. Hay unas señales acordadas para tener acceso a su interior. Se trata de...

Cinco minutos después, toda la policía buscaba desesperadamente aquel capitoné Mercedes color rojo.

Hacia las diez se recibió una llamada por radio en la comisaría.

—... Proximidades de Fontainebleau. Se encuentra estacionado junto a un bosquecillo. Hay un taxi parado delante de él. Kilómetro cinco de la carretera a Arches.

Roland se precipitó a la calle y Rangeur corrió en pos de él, mientras el comisario Bardelot y otros tres inspectores descendían al garaje del sótano.

A las diez cuarenta y cinco, Roland y Rangeur pasaban a la altura de Fontainebleau y seguían la carretera a Arches. Minutos después, Rangeur señalaba los pilotos del capitoné que fulgían entre la bruma.

—¡La señal! —indicó Roland cuando se aproximaban al detenido vehículo.

Saltó, impaciente, al suelo, con el revólver entre los dedos.

—Echa una ojeada a la cabina y dispara si es preciso, pero no antes de que yo logre penetrar ahí dentro —dijo a su compañero.

Se acercó a la parte trasera del capitoné. Apoyó el oído sobre las planchas, pero no oyó nada. Entonces dejó caer el puño sobre el portón: tres golpes espaciados y tres muy rápidos.

El portón se abrió en el momento en que desde la cabina llegaba

un alarido estrangulado.

Subió de un salto.

—¡Dispara, Monique! —aulló Carone, demudado—. ¡Nos han engañado...!

Pero Monique temblaba de espanto con la pistola en la mano. Carone se la arrebató de un manotazo, apuntó y disparó. La bala cruzó en sedal el pecho de Bordas, que cayó al suelo pesadamente.

No perdió el conocimiento, pero el dolor era tan intenso y lancinante que le impedía cualquier reacción. Para mayor desgracia, el revólver se le había escapado de entre los dedos.

Carone se había incorporado y miraba a Roland con una sonrisa hiriente en su demacrado rostro. Sujetaba la pistola con las dos manos, desconfiado quizá de su pulso, y parecía dispuesto a disparar.

—No puedo decir que la suya sea una visita agradable, inspector Bordas. Pero lo que sí puedo asegurarle que nuestra entrevista será muy corta. ¡Acaba de terminar...! —gritó el *gangster*.

Y apretó el gatillo.

Fue ése el momento en que Guy Bordas le golpeó en las corvas con su pierna enyesada.

Carone rugió una obscenidad entre dientes, al tiempo que restallaba la detonación. La bala, de grueso calibre, perforó la frente del retrato del propio Carone que colgaba del tabique frontero.

Roland se incorporó, aguantando un alarido de dolor. Antes de que Carone recuperase la estabilidad perdida, alzó los dos puños y los descargó con ciega ira sobre el rostro del hampón.

Carone se tambaleó y cayó al suelo, entre las piernas de Guy Bordas.

—Ahora eres mío —gruñó éste, chorreante el rostro de sangre. Y atenazó el cuello de Carone entre sus dos muslos, mientras con la mano sana incrustaba dos dedos en los ojos del caído.

Roland, que se apoyaba sobre la mesita plegada, contempló la escena con ojos turbios.

El rostro de Carone tomaba un tinte oliváceo primero, gris después. ¡Estaba asfixiándose entre los musculosos muslos de Guy Bordas...!

—¡No, padre, no! —gritó, desesperadamente—. ¡No puedes matarle! ¡Carone es el único que sabe dónde se encuentra mi hija...!

Deformadas las facciones por el esfuerzo, Guy siguió apretando con todas sus fuerzas, mientras Monique, aterrada, contemplaba la escena desde un rincón.

—No... te... preocupes, hijo. ¡Yo también sé... dónde... tienen a mi nieta! Pero ahora... Carone... no volverá a...

Roland saltó sobre él.

—A pesar de ello, padre. ¡No puedes convertirte en un asesino! ¡Por favor, por favor! —gimió.

De repente, Guy aflojó los muslos y Carone se atragantó en su urgencia por llenar los pulmones de aire.

—Tienes razón, hijo —respondió Guy, jadeante—. Es lo único que no he hecho jamás: matar.

Su hijo le ayudó a ponerse en pie en el momento en que el inspector Rangeur ascendía al interior del capitoné.

De todas formas, Carone intentó agarrar su pistola a la desesperada, incluso medio asfixiado.

Guy alzó su pierna escayolada y la dejó caer salvajemente sobre la cabeza del *gangster*.

Carone cayó como herido por un rayo y quedó inmóvil. Inmediatamente, Rangeur se inclinó sobre él, apartó la pistola y le esposó a las espaldas.

—¡La niña, papá, por amor de Dios! —gritó Roland—. Mon Dieu! ¡Ojalá no sea tarde!

—Cementerio Du Pére Lachaise —respondió Guy desfallecido—. Esa zorra de cabellos platino está al tanto de todo —y señaló a la aterrada Monique.

—¡Vamos! —gritó Roland, impaciente—. Abajo, todos. Este trasto es demasiado pesado para correr tanto como necesitamos.

Echó un brazo a su padre rodeando su cintura y le ayudó a bajar.

—Préstame algún dinero, hijo —pidió Guy—. He de pagar al taxista que me trajo aquí.

—¿Qué has dicho? —Roland se había detenido y le miraba fijamente.

—Te devolveré el dinero en cuanto volvamos al hospital, te lo juro —respondió su padre.

—¡No me refiero a eso! ¡Al diablo con el taxi por el momento! —gritó—. ¿Cómo me llamaste? ¡Por amor de Dios, repítelo!

Guy sonrió a duras penas.

—Te he llamado hijo —susurró.

CAPÍTULO XIV

—No puedo hacerlo, Guido —sollozó Pietro—. He matado a dos hombres y he dejado baldado a una docena a golpes. Pero a una niña... ¡No, no lo haré yo! Hazlo tú. A ti, todo te da igual.

Guido se acercó a él, crispadas las facciones.

—Eres un cobarde, Pietro.

—No es eso. Me conoces bien: sabes que no flojeo cuando se trata de liquidar a un tipo cualquiera, pero la niña no. No tengo estómago para hacerlo.

Llevaban media hora discutiendo. Habían echado a suertes y le había tocado a Pietro. Cierto que Guido había hecho trampas, pero el juego es el juego.

El furgón estaba estacionado cerca de las tapias del cementerio, en un lugar discreto, alejado del tránsito rodado. Pero Guido empezaba a sentirse nervioso. Corrían mucho riesgo allí, de todas formas. Un gendarme escrupuloso podía acercarse, examinar el vehículo, quizá registrarlo. Si encontraban allí a la niña, sería tanto como colocarse la soga alrededor del cuello. Carone escurriría el bulto y la responsabilidad sería para Pietro y para él.

—No seas estúpido —insistió—. La niña no te dará ningún trabajo. Delira, ¿no lo oyes? Bastará con que coloques una mano sobre su boca y aprietes la manta... Será un minuto. Y luego...

Después la enterrarían en el vertedero próximo. Hasta la noche. Cuando llegase la noche, penetrarían en el cementerio, abrirían una tumba cualquiera y depositarían allí el pequeño cuerpo. Como otras veces.

Pero Pietro movió la cabeza tercamente en sentido negativo.

Guido pronunció una blasfemia.

—Está bien, estúpido: lo haré yo. Pero el jefe no te perdonará fácilmente. Sal, echa una ojeada afuera. ¡Vamos, apúrate!

Pietro abrió la portezuela y descendió. Pasó el tiempo.

—¡Pietro, estúpido! —gritó Guido, bajado el cristal—. ¿Dónde te has metido?

Transcurridos dos minutos, Guido se agitó inquieto. Desde donde se encontraba no podía ver a su compinche. La culpa era de las tupidas cortinas que tapaban los cristales posteriores del furgón.

Empujó la puerta, puso un pie en el suelo... y el firmamento entero con todas sus constelaciones de estrellas pareció derrumbarse sobre su cráneo.

Roland Bordas subió al vehículo y se inclinó ávidamente sobre el bulto que yacía en el piso. Bajo las mantas, la pequeña Annie deliraba, febril.

La tomó amorosamente en sus brazos y la besó enloquecido.

—¡Annie, Annie, mi pequeña y querida Annie! ¡Por fin...!

Bajó, se abrió paso entre los policías que rodeaban a los dos italianos. Una ambulancia avanzó entre los montones de basura y un médico tomó a la niña de los brazos del inspector Bordas y la condujo a la ambulancia, que se alejó inmediatamente haciendo sonar su sirena.

Cuando Roland se reuma con el comisario Bardelot, notó que alguien le sujetaba por un brazo. Era Fernand Pellegrin, que le retuvo diciendo:

—Espero que no haya olvidado mi ofrecimiento, inspector. Parece que todo ha salido bien. Tendrá su parte, desde luego.

Roland le miró como quien contempla a una mosca pegajosa.

—¡Váyase al diablo! —explotó—. No se preocupe. Su compañía de seguros tendrá su dinero. Carone pagará.

Y se alejó.

El cadáver de Luden Witard, antiguo director de la factoría Farcy-Forest, apareció en una tumba del Père Lachaise, en unión de otros dos: los de los cómplices de Guy Bordas en el asalto a la factoría; Carone se había deshecho de ellos en cuanto dejaron de serle útiles.

El único que se había salvado fue Guy, quien en la prisión tuvo siempre asegurada su vida, por paradójico que pueda parecer.

Hacia el veinte de diciembre,

Rose-Ann

Bordas fue dada de alta en el hospital y volvió a su casa, donde convalecía la pequeña Annie, operada de las anginas.

Febrilmente, Roland se esforzaba en disponer todo lo necesario para la Navidad. Disponía de tiempo suficiente: el comisario Bardelot le había concedido unas vacaciones extraordinarias... para curarse el constipado según constaba en su expediente personal.

«Corso» estaba enterrado en el jardín. Naturalmente hubo que ocultar a Annie que el pobre animal había sido degollado por unos desalmados. La niña lloró cuando supo que el animal había muerto, pero pronto lo olvidó.

Sin embargo, aquella tarde Roland Bordas se sentía especialmente impaciente. Se asomaba a mirar frecuentemente a través del ventanal. Cómodamente sentada en un sillón junto a la hoguera de la chimenea,

Rose-Ann

apartó una revista y dirigió una amorosa mirada a su esposo.

—¿Qué te ocurre, Roland? ¿Qué esperas?

En aquel momento, un taxi se detuvo a la puerta. Rose-Ann se puso en pie, se acercó a la ventana y se irguió para mirar por encima del hombro de su esposo.

Entonces vieron descender del taxi a un caballero de negros cabellos, cuidado gabán gris, que se apoyó en unas muletas metálicas y se acercó a la cancela.

—¡Eso es lo que esperaba! —exclamó Roland, enllante la mirada—. ¡Mi padre!

Y echó a correr hacia la puerta.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.**

NOTAS

[1] Policía, en la jerga carcelaria. < <

[2] Dos millones de pesetas, aproximadamente. < <

[3] Policía, en el argot popular parisiense. < <